

12 Mayo 76

ISABEL  
ó  
LA LUCHA DEL CORAZON

NOVELA ORIGINAL

DE LA AUTORA

DE

MAGDALENA, EL HADA DOMÉSTICA, EL HILO DEL DESTINO Y OTRAS OBRAS

TOMO II.

10  
SEGUNDA EDICION.

MADRID  
IMPRENTA DE ÁLVAREZ HERMANOS,  
Calle de San Pedro, núm. 16.

1875.



L47-3791

~~179~~

2909

ISABEL.

99-1<sup>a</sup>-bis

ISABEL  
Ó  
LA LUCHA DEL CORAZON

NOVELA ORIGINAL

DE LA AUTORA

DE

MAGDALENA, EL HADA DOMÉSTICA, EL HILO DEL DESTINO Y OTRAS OBRAS

---

TOMO II.

*Autora y propietaria  
Catalina Mace Pherson*

SEGUNDA EDICION.

MADRID  
IMPRENTA DE ÁLVAREZ HERMANOS,  
Calle de San Pedro, núm. 16.

1875.

*My copy of lib 27.*

*Es propiedad de la autora*

MADRID  
IMPRESA DE EVARISTO HERRERO  
1878

---

# ISABEL

6

## LA LUCHA DEL CORAZON.

---

### CAPÍTULO PRIMERO.

Vivamente excitada la curiosidad de Francisco Cadenas con la llamada de su madre, el día después de recibir el mensaje dirigió los pasos á la mansion materna.

Levantada ya la viuda, y dormida todavía Elena, no podia haber elegido el hijo momento más oportuno para su visita; y la madre, siempre madre, olvidada de lo ocurrido entre ellos, le recibió con la mayor afectuosidad.

Sin hacer referencia á lo pasado, ni aludir remotamente á nada de lo que pudiera

incomodarle, no bien le vió sentado, procedió á comunicarle el enlace proyectado de su hermana, el logro de los deseos de la niña doliente, el remedio de sus males y la extrema felicidad de su propio corazon en obtener tan inexperado resultado.

Difícil es describir las diversas sensaciones del cajero; imposible pintar la mezcla de incredulidad, sorpresa y mofa pintadas en su semblante en tanto que le referia la viuda la historia fabulosa de aquellos amores, tal cual ella en su honradez y rectitud habia sin escrúpulo admitido.

Gonzalo amaba á Elena y la queria por esposa; á esa frágil y doliente niña, á ese escrúpulo de mujer, como la denominaba Francisco en otra ocasion; Gonzalo la habia amado siempre, pero oculto su amor por temor de una repulsa y del enojo de su tio, no sólo lo habia tenido aprisionado en las profundidades de su corazon, sino que habia hecho lo posible por sofocarlo.

La madre misma se habia engañado: la madre que como nadie creia conocer el corazon de Gonzalo, y sólo D. German habia alcanzado el secreto de la verdad.

D. German, el protector de la humani-

dad, el abogado de los desgraciados, el benévolo hacedor de todo género de beneficios, y el fiel amigo de la viuda, por cuya provechosa intervencion se habia salvado la vida de Elena, el corazon de Gonzalo, sí (afirmó repetidas veces la madre, no pudiendo ménos de notar la incredulidad de su hijo), el corazon de Gonzalo, y la tranquilidad de su propia conciencia.

—¿Y la boda está definitivamente arreglada? preguntó el cajero después que Magdalena hubo acabado su historia.

—No se espera otra cosa que el consentimiento de D. Alvaro, fué la contestacion.

Francisco meditó un momento.

—¿Y V. cree en el amor de Gonzalo? preguntó después de una breve pausa.

La viuda le miró no sólo con sorpresa, sino con profunda indignacion.

—Si dudase de él, exclamó con energía, dejaria morir á tu hermana ántes que aceptar semejante sacrificio.

Cadenas se sonrió con malicia; pero intimidado por el respeto que de vez en cuando le inspiraba su madre, reservó su pensamiento.

—¡Pobre Elena! habia continuado diciendo

la viuda. Sé bien cuán distinta es de las demás mujeres, cuán infantil y poco á propósito para la vida de casada; pero Gonzalo la ama, eso me basta.

—¿Y cree V., preguntó enseguida el cajero, que hay posibilidad alguna de conseguir el consentimiento de D. Alvaro? Mucho se engaña V., agregó. Conozco mejor que nadie su modo de pensar, y sé bien que, opuesto al casamiento en los jóvenes, y sobre todo en los que dependen de él, jamás habrá medio de hacerle cejar en su opinion.

—No abrigo semejante temor, Francisco, replicó la viuda. Trabaja para conseguir el deseado fin una persona cuya influencia no es posible deje de alcanzar el mejor resultado.

—Isabel, interrumpió Cadenas.

—La misma. El ángel bueno de esta casa, que fiel, promete regir en sus destinos. Es una noble criatura la mujer de Montoya, Francisco, y no ménos interesada que don German en la suerte de nuestros amantes, no ha contribuido poco al arreglo de la boda. En ella descansamos, en ella confiamos, y de ella se espera todo. Siendo esto un secreto hasta tener su autorizacion para divulgarlo.

no necesito, Francisco, pedirte la debida reserva. Tu buen juicio es bastante garantía, y cualquiera exigencia por mi parte podria parecerte ofensiva.

—No hay temor de que hable, señora, contestó el hijo, Seria vergonzoso...

—¡Vergonzoso... Francisco! No te entiendo. Perjudicial, arriesgado; todo lo que quieras... pero vergonzoso!... No alcanzo á comprenderlo.

Temeroso el cajero de exponer su opinion demasiado abiertamente, su opinion acerca de haberse arreglado la boda por medio del influjo ageno, y tal vez á consecuencia de la compasion más que por el afecto espontáneo de Gonzalo, se disponia á terminar su visita, cuando fué interrumpido en su propósito por la aparicion de su hermana, que al encontrarse con él, como huye un tímido pajarillo á la vista de un milano, así retrocedió al interior de la habitacion de donde habia salido.

—Madre, prorumpió Francisco, no bien notó esta evolucion, me sorprende el estado de esa niña, y me sorprende más que nada que se esté pensando en casarla, cuando en lo que deberia pensarse era en amortajarla.

¡Ah, ah, ah! y una risa sardónica terminó este discurso que heló la sangre de Magdalena.

La viuda contempló á su hijo con el mismo horror con que le habia contemplado en aquella otra ocasion en que respondió á sus sentimientos maternales con otra risa como la de ahora; pero noble como entónces en su dignidad de mujer y de madre, replegó en las profundidades de su alma el infinito dolor de su ofendido corazon, y sin una palabra explicatoria de estos sentimientos tan naturales ni la más leve reconvencion al desnaturalizado hijo y hermano, se despidió de él.

Cadenas se dirigió al escritorio, y no volvió á ocuparse ni de su hermana, ni de su madre, ni de Gonzalo Figueras en todo el resto del dia, hasta el extremo de que, á pesar de no haberse podido ocultar á su penetracion una gran parte de la verdad encubierta para su familia, no halló un momento desocupado ni un lugar vacío en su mente para consagrárselo.

Para su existencia actual no habia mas que un oasis, y en este oasis, se concentraban las potencias de toda su alma

.....

Era la noche de aquel día, y solo en su estudio Francisco Cadenas, se paseaba con profunda inquietud por la estancia, profundamente excitado y con chispeantes ojos, cual si fueran á salirse de sus órbitas.

Preso al parecer de las sensaciones más violentas, y por completo subyugado de ellas era evidente que sus facultades todas se hallaban bajo la influencia de estos excitados sentimientos, y que solo un estallido podía despejar su sobrecargado horizonte.

El estallido debía estar próximo: Francisco Cadenas, con la poca constancia y espera del hombre impetuoso y esclavo de sus pasiones, juzgaba ya llegado el momento de poner término á sus deliberadas maquinaciones, para recojer el ambicionado fruto.

Una vez habian salido burlados sus planes: en una ocasion inolvidable habian sido inútiles los méritos contraídos para el logro de su objeto, y habia sido rechazado con el mayor desprecio como un reptil, pero distintas las circunstancias ahora, la perspectiva se mostraba en extremo risueña.

Antes podian pasarse sin él, ahora se habia hecho necesario: ántes ninguna causa ligaba una existencia con la otra; ahora el

más fuerte eslabon las unia estrechamente, y el destino no podia mostrarse más propicio.

Siglos se le hacian á Francisco los minutos que le pasaban de su propósito, y loco de júbilo con su anticipada victoria, recorria (como ya hemos dicho) su estudio, preso de las más violentas sensaciones de placer, en tanto que la víctima de su pasion, descuidada yacia léjos de sospechar nada.

No habia sido el dia que acababa de trascurrir como tantos otros pasados por Isabel en medio de las amarguras de su vida; al contrario, habia sido mucho menos fecundo en los dolorosos pensamientos que formaban ahora de continuo su compañía.

Era triste contemplar la suerte de esta mujer, su oscuro destino, y las duras pruebas á que era sometido su gran corazon y su alma sublime.

Era triste contemplar la cruel lucha de todos sus sentimientos, de todos sus afectos, y todas sus aspiraciones, sin esperar recompensa por la grandeza de su sacrificio!... el sacrificio de su hermosura, de su juventud, de sus ilusiones, de sus esperanzas, de toda la poesía de su alma!

Era triste igualmente contemplar en lon-

tananza la realizacion de estos sentimientos de doncella, de estas ilusiones de su alma virgen, y ver al hado severo rechazando la seductora perspectiva!...

Pero sublimada sobre todas estas pinturas de su destino, y en medio de sus mismas amarguras destacándose perenne la imágen de la virtud, oponia la mártir de continuo el más invencible escudo é inexpugnable baluarte á todas las asechanzas del genio del mal.

¿Qué si su primer sacrificio habia dejado de recibir la prometida recompensa?

¿Qué si su grande amor de madre é hija eran probados de continuo, y le era robada la única dulzura de su vida?

¿Qué si abrasado su corazon por el fuego más intenso, le estaba vedado aplacar este fuego por temor al veneno encerrado en las aguas que lo habian de extinguir?

¿Qué si su corazon habia ofrecido en su segundo sacrificio un ejemplo mas que humano; y que si de resultas de todo esto gemia castigado este corazon como gime el prisionero sumergido en lóbrego calabozo, y ningun paisaje halagüeño de sonrosados tintes cruzaba por delante de su atormentada mente?

La virtud la sostenia: la juvenil doncella del blanco ropaje, sentada sobre su cuadrada piedra, le ofrecia tan fuerte apoyo y resistencia, como la roca en medio del mar á los embates de las olas, y en su regazo buscando Isabel su consuelo, en su regazo piadoso lo encontraba.

Doncella generosa, que no esperas mas que una llamada para prestar tu firme apoyo, que no pides más que una indicacion para ofrecer tu saludable consejo; y el asilo de tus brazos protectores; doncella misericordiosa, tan fuerte, tan valerosa, tan constante con los que tu amparo solicitan, y de tí lo esperan todo, que en los antiguos tiempos del paganismo te consagraban un templo y lo hacian servir de paso al del honor, significando que solo por la virtud podia llegarse á él; hoy que el gentilísimo ha sido reemplazado por la luz del evangelio, es más grande tu mision, más sublime tu destino, porque sirves de paso para el templo del cielo!

---

Son las diez de la noche, y D. Alvaro Montoya sostiene en su salita particular la

cábala de costumbre con su cajero, en tanto que, aprovechándose Isabel de estos momentos oportunos, corre á contemplar á sus dormidos hermanos, domiciliados ahora en el segundo piso de la casa, en un pequeño aposento exclusivamente dedicado á su uso.

Constaba este de dos alcobas y un cuarto de desahogo, ó sala intermediaria; escena actual de la existencia de las criaturas, que tenían prohibido el comparecer fuera de allí, estaba lleno de los más vivos testimonios del carácter de sus moradores, y revelaba en todos sus incidentes los más innumerables vestigios de su vida infantil.

Personificados estos ya en la pigmea representación de aquel grande caballo, ardid ingenioso de los antiguos griegos, ya en la diminuta señora vestida con la mayor elegancia, pero vergonzosamente rodando por el suelo, ya en el formidable sable de hoja de lata atravesando el corazón de una víctima de trapo, ya en la belicosa trompeta, ya en el descomunal tambor, ya en el carro sobrecargado de infinitos objetos inclasificables é imposibles de arrastrar por el mulo enano encargado de esa faena, ó ya en fin, en la diversidad de personajes de metal, madera, tra-

po ó carton, por aquí y allí esparcidos, ó en forma de regimientos ordenados, ó en varios grupos y posiciones... formaban estos diversos objetos en aquella salita el más espantoso desórden.

Difícil pues vadear en medio de esta confusión; empresa fué para Isabel abrirse paso, y despejar algun tanto el campo al dirigirse á las alcobas, primero á la de Inés, y luego á la de Carlitos, cuyas dulces fisonomías le permitia la luz colocada en la sala intermedia-ria examinar sin dificultad.

Dormia Inés, affigida al parecer por algun inquieto sueño, teñidas sus mejillas de un subido color, y moviendo de vez en cuando sus lábios por un estremecimiento convulsivo, á la par que extendidos sus brazos por encima de la ropa de la cama, se estiraron una ó dos veces cual si bajo la influencia de una pesadilla buscaran algun objeto determinado.

Isabel, que no habia encontrado ocasion oportuna de eludir la atencion de su marido desde el dia anterior para ver á las criaturas, contempló este inquieto sueño con la mayor tristeza temiendo adivinar su causa.

Se arrodilló junto á la cama y besó las

extendidas manos con la más afectuosa ternura, invocando al propio tiempo la bendición del cielo sobre la dormida niña.

¡Por ellos, sus amados hijos, se había ella sacrificado y el sacrificio había sido casi inútil!

Pero Dios le concedería la fuerza precisa para sobrellevar sus duras pruebas, y algún día recogería la recompensa.

Rezó con infinito fervor, y la oración la consoló.

Una sacudida fuerte del cuerpo de la niña: un estremecimiento tan violento, que hizo cimbrar la cama, la obligó al fin á ponerse de pié; y apenas sucedió esto, se despertó Inés sollozando.

—¿Qué tienes, vida mía? preguntó Isabel.

—Isabel, exclamó la criatura, incorporándose instantáneamente, y arrojándose en los brazos de su hermana, he tenido un sueño tan horroroso que todavía me causa miedo recordarlo. Dáme un beso, que yo lo sienta, y sepa que eres tú. ¡Ay! ¡Qué sueño tan horrible! añadió pasándose las manos por los ojos como para borrar de su mente alguna espantosa vision.

—Soñé que te estaban matando y que yo

queria ir á socorrerte y no podia porque me habian amarrado las manos y cortado la lengua para que no fuera á contar lo que estaba viendo. Y te tenian sujeta, y sabias que te iban á matar, pero tenias paciencia, y ni siquiera llorabas.

—¿Y quién me queria tan mal hija mia? preguntó Isabel. ¿Quiénes eran mis asesinos?

—Tenian las caras tapadas con caretas negras, contestó la criatura; pero los conocí muy bien á pesar de eso; y eran D. Alvaro y Francisco Cadenas.

El semblante de Isabel se demudó, y aunque presto se sobrepuso á la impresion comunicada por la pesadilla de Inés, y trató de manifestar la indiferencia que tan léjos se hallaba de sentir, los acentos en que habló no pudieron ménos de alarmar á la criatura.

—Qué sueño tan disparatado, dijo, pero desmentia tan fuertemente la alteracion de su voz la aparente ligereza de su lenguaje, que la niña con su penetracion no pudo dejar de adivinar lo que en su interior pasaba.

—Siento haberte contado mi sueño, dijo. Conozco que te ha hecho impresion, y he estado muy imprudente; ¡pero si no te mataron! exclamó interrumpiéndose y como que-

riendo paliar algun tanto el efecto de su historia. Justamente cuando iban á degollarte, lancé un grito espantoso, y como no tenia lengua, añadió sonriéndose, el esfuerzo me despertó. Conque no pienses en ello, Isabel.

—Es tan disparatado tu cuento, hija mia, que no hay temor de semejante cosa.

—¿Y á que no sabes lo que me hizo soñar todo esto?

—No lo puedo adivinar.

—El no haberte visto en todo el dia.

Isabel lo habia presentido de antemano, y no necesitó que estas palabras viniesen á confirmar sus bien fundados temores de los sufrimientos que bien á pesar suyo causaba á sus hermanos.

Estrechó á Inés de nuevo contra su pecho, y la besó con aumentada ternura, sin atreverse á articular una palabra.

—Nosotras nos entendemos sin hablarnos, ¿no es verdad, hermana mia? preguntó la niña acariciando entre las suyas la mano de Isabel. No me digas nada. Yo lo entiendo todo; y sé que no debo nunca estar enfadada contigo, porque de nada tienes la culpa.

—Cállate, cállate hija mia. Tú no entien-

des de eso, y me affige oírte hablar de esa manera.

La hermana mayor cubrió la boca de la menor con la mano que tenia libre, y toda conversacion cesó por lo pronto entre las dos.

—Dáme un beso, dijo al fin la niña rompiendo el silencio. Abrázame y vete, que tengo mucho sueño, añadió murmurando para sí al mismo tiempo que le decia esto para que se fuera y no se enfadara su marido con ella.

Isabel la satisfizo; y de nuevo atravesando el campo de batalla, lleno de los trofeos ántes especificados, penetró en el cuarto de Carlitos.

Plácido y tranquilo el sueño de éste, apenas movido por la más suave respiracion, y apoyada su dorada cabeza sobre uno de sus torneados bracitos formaba el dormido niño un hermoso modelo para el artista.

Isabel le contempló extasiada por algunos minutos, é imprimió un beso suave en su rosada mejilla.

Invocó sobre él como habia hecho ántes sobre Inés la bendiciou del cielo, y volvió de nuevo á la salita en donde apenas entró recayó su vista en la persona de Francisco Cadenas, que al verla se dirigió á su encuentro.

## CAPÍTULO II.

---

—No encontré á V. en el gabinete , dijo el cajero, y adivinando su paradero, aquí me tiene. Tenemos que hablar largamente, añadió.

—Bien, Francisco. Bajaremos juntos al gabinete.

—Me es igual señora ; pero seria tal vez preferible quedarnos aquí. D. Alvaro se ha ido á recoger, y no creo le debe á V. pesar el permanecer algun tiempo más cerca de los objetos que tan caros le son.

—¡Angeles míos ! prorumpió Isabel. Cada dia me son más queridos.

—¿Sufriria V. mucho viéndolos desgraciados?

—¡Si sufriría!... ¿y me lo pregunta V.? exclamó Isabel con sorpresa. Los amo más que á mi vida, que gustosa por ellos sacrificaría.

—Grande amor es ese Isabel, y comprendo lo que afligiria á V. el perder esos amados objetos.

—¡Perderlos! ¿Quién habla de perderlos? ¿Quién piensa en semejante cosa?

—No hay que alarmarse. Es puramente una suposicion que acaba de presentarse á mi mente, é incontinenti la he expresado. Verlos desgraciados, y perderlos, son para mí sinónimos, y no es extraño que un pensamiento haya engendrado el otro.

Isabel temió de repente que la muda comunicacion establecida entre ellos encontrase espresion, y que estas palabras fuesen precursoras de la aclaracion temida.

Era grato entregarse tácitamente á aquella bienaventurada influencia, tan provechosamente empleada hasta aquí; y era grato encontrar al que se creyó un enemigo transformado en el mejor amigo; pero poco agradable escuchar el análisis de los sentimientos que habian sido causa de esta trasformacion: la delicadeza propia de mujer, y de mujer que

comprende entre sus primeros deberes sostener con el debido decoro el nombre de su marido, se alarmó; y no hallando Isabel mejor medio de parar ó distraer estas adivinadas intenciones, preguntó con viveza cuál era el asunto sobre el que tenían que hablar lan largamente.

—El mismo de que ahora tratamos, fué la contestacion.

No ofrece mayormente interés para los indiferentes, replicó Isabel con marcada intencion.

—Ciertamente que no, señora; pero nosotros nos hallamos en distinto caso, y no creo que la indiferencia nos alcance.

Isabel se sonrojó.

No merecia Francisco el despego que ostentaba, ni debia después de todo lo ocurrido entre ellos dejar de manifestarle con nobleza su gratitud.

Habia esperado que jamás llegaria el momento de las aclaraciones, y que la extraña union establecida entre ellos, permaneceria siempre á su misma altura, y por lo tanto es fácil comprender la fuerte sensacion comunicada por el inexperado desengaño,

—¿Se acuerda V., preguntó el cajero fi-

jando los ojos en Isabel, de la cuestion suscitada en la presencia de V., ahora quince dias?

—No la he podido olvidar por más que he hecho.

—¿Y recuerda V. la encubierta referencia que hice á nuestras circunstancias repectivas?

—Lo tengo bien presente.

—¿Y cree V. que he variado desde entónces?

—Al contrario, contestó Isabel ya de una vez resuelta á seguir el impulso noble de su corazon, y prescindir por completo de la alarma de su delicadeza. Desde entónces ha sido V. el ángel tutelar de mi destino, y aunque, añadió con la más sencilla franqueza, los sentimientos propios de una mujer respecto á su marido, me han impedido hasta aquí darme por entendida de los beneficios de que soy á V. deudora ya que la ocasion se me ofrece, reciba V. por ellos, Francisco, mi más profunda gratitud.

—¿Y ha visto V. bien de lo que soy capaz? preguntó Cadenas con marcado énfasis. ¿Ha visto V. bien el dominio que ejerzo sobre D. Alvaro y la parte tan eficaz que he representado en conservar la balanza de esta casa tan difícil de sostener? ¿Y sabe V. que si yo quisiera, esa balanza tan bien sostenida per-

deria su equilibrio, y serian expulsados de esta mansion los que solo permanecen en ella merced á mi influencia?

Isabel se estremeció.

—Me asusta V., Francisco, exclamó.

—No es más que una suposicion, señora.

La jóven respiró, y el cajero continuó:

—¿Y cree V., dijo con sarcástica sonrisa, fijando sus ojos traidores en el semblante de Isabel, que lo que por V. he hecho procede puramente de la amistad y del sentimiento espontáneo de la compasion?

—Isabel por toda respuesta dió un paso hácia la puerta.

Francisco adivinó su intento, y con fingido descuido plantándose delante de ella, le cortó por completo la retirada.

—Siéntese V. dijo con calma, que tenemos que hablar largamente, y se cansará V. de estar de pié.

—Francisco, exclamó Isabel con admirable serenidad, acogiéndose á las únicas armas de que podia servirse: abrigo la más íntima confianza en los sentimientos pundonorosos de usted, y creo firmemente que cuantas mercedes le he merecido, proceden exclusivamente de la más desinteresada amistad y noble compa-

sion; y en prueba de ello, añadió acompañando la accion á la palabra, sigo su consejo de ocupar un asiento.

Cadenas se sentó á su lado y tomó enseñada la palabra.

—¿Se acuerda V., dijo, de lo ocurrido entre nosotros hace algunos meses un domingo por la mañana en la playa? ¿Recuerda V. lo que le dije entónces, que la amaba y que no habia poder que la separase de mi amor? ¿Que no vivia más que en su presencia y que queria que me arrancase el corazon ó correspondiese á mi pasion?

—He aprendido desde entónces á tener demasiado buena opinion de V. para volverme á ocupar de semejante locura, interrumpió la jóven. Se ha mostrado V. tan superior á aquella aberracion de un momento, tan realzado á mis ojos y estimable en su reformado carácter, que no sólo ha sido extinguido aquel desagradable recuerdo, sino que me aflige el que me lo haya V. traído ahora á la memoria. Pláceme tanto, Francisco, la amistad que tan benefícosa me ha sido, que por nada en este mundo la quisiera perder. Pláceme tanto, amigo mio, alimentar la noble opinion que V. me merece y admirar la

generosa compasion de su alma, que no hallo palabras bastante elecuentes para hacer justicia á la fuerza de mis sentimientos!

El cajero no habia separado la vista de ella en tanto que de esta suerte se expresaba, manifestando en la alteracion de su semblante la más viva excitacion, que por segundos iba creciendo, y que ahora, cuando la jóven concluyó de hablar, por completo le dominaba.

Sus ojos chispeaban, un color encendido cubria sus mejillas, sus lábios temblaban agitados por la violencia de sus pasiones, y su alma conmovida por el más furioso embate se disponia al estallido.

Era terrible la espresion de su semblante y sus acentos no lo fueron ménos.

—Isabel, dijo con toda la ferocidad de su pasion concentrada en su fisonomía, y cayendo las palabras de su boca con la fuerza de un torrente, pues todo lo que en la playa dije á V. hace meses, se lo vuelvo á repetir, y con renovada instancia. La amo á V. y con toda la fuerza de la pasion más indestructible, con toda la fuerza de una pasion que ha alcanzado los más íntimos y secretos lazos del corazon de la que ama, para mas estrechamente unirse á ella. Ha padecido V. un en-

gaño si me creyó curado de mi pasión. Ha padecido V. el más grande error si juzgó que el amante podía jamás transformarse en amigo. ¡Amigo! repitió con creciente energía, ¡amigo de una mujer hermosa! ¿Dónde ha visto V. jamás que el hombre sea amigo cuando puede ser amante? Inocente, ciega, inexperta mujer! continuó con una leve acentuación de sarcasmo en sus palabras. ¿Es este el conocimiento de mundo que V. tiene?...

—Basta, Francisco: basta de insultos, prorumpió Isabel, saliendo al fin del anonadamiento producido por este violento lenguaje y hallando la fuerza necesaria para levantarse del sofá. Basta, repitió, ó llamaré á los criados.

Cadenas la miró con sonrisa mofadora.

—¿Y qué sucederá, señora? preguntó con ironía.

—Que será V. expulsado á la calle como un infame malhechor.

—¿Siente V. lo que dice Isabel? exclamó el cajero cortándole como ántes con la misma astucia la retirada. ¿Y es su corazón de usted el que obra en este inexperado proceder, ó la impulsa la mal entendida prescripción del deber, ese maldito fantasma que algunos

apellidan virtud, á tratarme de esa manera? Sea V. franca, señora, y respóndame la verdad.

Isabel meditó un momento, y contestó enseguida.

—Aun cuando no rindiera el culto más verdadero á las prescripciones del deber; aun cuando ninguna fuerza tuviera conmigo esa virtud, una quimera para los que desconocen sus exquisitas dulzuras é inagotables tesoros; aun cuando doncella me volviera de nuevo, y libre por completo, no fuera un crimen corresponder á su pasión, mi corazón jamás sería de V. Comprendo, añadió desafiando todo género de consecuencias, toda la maldad del inicuo proceder de V. porque alcanzo las infames maquinaciones de que me ha hecho víctima, le miro con tan grande ódio y desprecio, que me horroriza su sola vista. No me interrumpa V., exclamó notando que el cajero se disponía á hacerlo, ahora que todo lo penetro, quiero de una vez decirle á V. lo que se merece y echarle en cara su maldad. Se ha burlado V. de mi crédula fé; ha abusado V. de mi ignorancia é inexperiencia, urdiéndome la más infame trama; pero todo es inútil, Francisco. Sus inexcr-

tables artes veladas hasta aquí á mi conocimiento, están descubiertas, y todo el trabajo es perdido. Ha querido V. tenerme bajo su dominio, tomando en rehenes á los tiernos objetos de mi amor, y ha juzgado segura la victoria. ¡Vergonzosa intriga, vil asechanza, levantar en contra de mi reposo hasta á mi propio marido!... ¡Mi propio marido, repitió la jóven con profunda indignacion, pero siempre con la misma admirable serenidad desplegada desde el principio de su discurso, que movido por las ponzoñosas insinuaciones, las malévolas advertencias, y el malvado prestigio inícuamente empleado, tan dócilmente ha secundado la más vil de las maquinaciones! No me lo niegue V., Francisco, añadió observando de nuevo que el cajero se disponia á interrumpirla. Si me dejé disuadir de semejante conviccion el dia en que me tendió V. el primero de sus astutos lazos, las pruebas de hoy me la han devuelto de manera que ya toda discusion es inútil. Nada se oculta ya á mi conocimiento, una vez iluminadas mi crédula fééignorante inexperiencia, y si alcanzo el móvil de los inexperados rigores de mi marido, y los martirios impuestos á los objetos de mi amor, y á mi corazon

de madre é hija, no se me oculta tampoco el estudio deliberado que de mí se ha hecho. ¡Y esto hace un caballero! Abusar hasta ese punto de una indefensa mujer, que no ha cometido otro delito que cumplir con su deber! ¡Esto hace un hombre honrado! ¡Cebarse de tal modo y valerse de tan reprobados medios para alcanzar sus detestables fines! Dios se lo perdone á V., Francisco Cadenas. Dios le perdone el mal que me ha hecho, tan irremediable ya, y le abra el corazon para que emplee sus potencias en enmendar sus errores.

—¿Acabó V. ya, señora? preguntó Francisco con ira difícil de reprimir, pero aparentando la mayor serenidad y valiéndose de un tono sarcástico para encubrir sus verdaderos sentimientos. ¿Vertió V. ya toda la hiel de su corazon? ¿Se encuentra V. satisfecha? ¿Se le ensancha á V. el espíritu, y goza en lo que acaba de hacer? Es una noble recompensa y digna de una mujer virtuosa! Las prescripciones del deber y el prestigio de la virtud no bastarian para separarla á usted de mi amor áun cuando fuese libre; so-  
braria la aversion que le merezco para producir el mismo resultado. Está bien, señora. No me engaña V. Es un digno proceder. La

virtud dice siempre la verdad. Pero, es el caso, señora, que quimera para mi esa virtud que ofrece á usted dulzuras tan infinitas, y tesoros tan inagotables... no creo en ella... ¡Ah, ah! dijo con la risa sarcástica que le asemejaba en algunos momentos á un demonio disfrazado, ¡vana palabra! No es ella la que le inspira á V. la aversion que le merezco. Sé más que todo eso, Isabel, y sé que la mujer no puede vivir sin amar!

El rostro de Isabel se puso lívido; sus manos se contrajeron y un sudor frío circuló por su cuerpo.

—¿He acertado, señora? preguntó el cajero con aumentada ironía. ¿No me contesta V.? Seria doloroso gastar palabras con un monstruo tan detestable. Gócese V. en su sublime obra. Regocíjese en las torturas de mi humillacion; pero, añadió, deponiendo el tono de sarcasmo que hasta aquí empleara y vertiendo en sus acentos toda la concentrada ira de su alma, le prevengo á V. que me sabré vengar. Grande, constante y empeñada, igual en grandeza, constancia y empeño al despreciado amor, habrá de ser mi venganza; y deliberada, estudiada y meditada, como aquella que le referí, exclamó de nuevo acogiéndose á la

ironía, del conde Hermann del Tirol; ¿la recuerda V., señora?... no ménos ponzoñosos habrán de ser sus resultados. Una vez la perdóné á V. su desprecio; pero ya todo acabó, y la vida empieza hoy de nuevo para mí. Sabe usted de lo que soy capaz. Sabe V. mejor que nadie cuál es mi posición en esta casa, y el influjo que en ella ejerzo. Tiemble V., señora, porque no habré de tener misericordia. Y sepa V., sobre todo, lo que ya le he dicho ántes que, quimera para mí la virtud, tan llena para V. de dulzura é inagotables tesoros, no creo en ella; y juzgo que solamente otro amor le hace aborrecible el mio. Medite V. en todo esto. Medite V. con despacio en lo que acaba de hacer, y piense bien, dijo, con aumentado sarcasmo, cuál pierde más de los dos!...

¿Quién seguir puede la contrariedad de sentimientos, según se suceden las inspiraciones?

¿Y quién puede describir el retroceso operado de repente en el corazón de Isabel después de una lucha de mil sentimientos despertados por las palabras de Cadenas?

Pensó que tal vez tuviera el cajero razón en algo de lo que había dicho: pensó que tal vez acertara en la suposición de ser otro

amor el que le hacia el suyo tan aborrecible, y ser de esta y no de otra causa más noble de donde procedia la tenáz resistencia tan desapiadadamente manifestada: y más el intimo remordimiento la acometió por haber sofocado tan cruelmente toda sensibilidad de mujer.

Rápido, pues, el retroceso labrado en ella no bien concluyó Francisco de hablar, tomó sobre sí el trabajo de dulcificar algun tanto el efecto de sus espresiones anteriores.

—Me aflige, como V. no puede figurarse, exclamó con los acentos más fervorosos, esto que pasa entre nosotros. Me aflige haberme visto forzada á rigorizar el proceder que me convenia adoptar con la dureza que acabo de desplegar. Siéntolo en el alma, y me fuera grato, Francisco, como ninguna otra cosa en el mundo, que todo lo ocurrido se olvidara y fuésemos amigos.

—¡Amigos! repitió Francisco interrumpiéndola. ¿No le he dicho á V. que eso no puede ser? Pídale V. al mar que se convierta en un pequeño arroyo; á la inmensa tierra que se encoja y no quede de ella mas que el espacio bastante para nosotros dos; pídale usted al campo que desaparezcan de él los bosques, los valles, las florestas, los árboles

frondosos y las flores perfumadas, y no deje mas que una sola mata; pídale V. á la tierra que deje de girar, al sol que nos retire sus ardorosos rayos; y la mar, la tierra, el campo y el sol serán más dóciles á su voluntad de lo que yo puedo serlo.

—Dios le ablande á V. el corazon, Francisco, exclamó Isabel por toda respuesta, y extinga en su pecho lo que no debia hallarse en él.

El reflejo de una luz llamó en este momento la atencion de ámbos, y ántes aún que hubieran tenido tiempo de articular otra palabra, la sombra de una persona penetró en el cuarto.

Isabel se dirigió instantáneamente á la puerta contra la cual, aunque abierta, se hallaba siempre estacionado el cajero, gozosa de la proximidad de alguien para refugiarse contra la implacable violencia que iba ya rindiendo sus fuerzas y valor, y misericordiosamente auxiliada en su propósito, apareció Gonzalo Figueras en el mismo umbral.

Temerosa de perder tiempo, y anhelante de deponer la bien sostenida serenidad que tan léjos se hallaba de sentir, cambió solo algunas frases indiferentes con el jóven, y sin

más tardanza, alejándose de la estancia, le dejó con Francisco Cadenas, que grandemente contrariado con esta importuna aparición, hacia por distraerse de su mortificación mor-diéndose las uñas.

La luz que Gonzalo tenía en la mano reflejaba de lleno en la fisonomía del cajero, y la mostraba de tan siniestra espresion, que el jóven no pudo ménos de recordar en su carácter actual el mismo sello de malignidad que tan visible se le hizo en la tarde en que, al pasar por las habitaciones de Isabel, fué alarmado por la voz irritada de su tío, y el cajero como en asechanza, pasó junto á él sin verlo en el corredor.

¿Qué habia en el fondo del alma de este hombre para estampar semejante espresion en su rostro?

¿Qué horribles pensamientos tenían asiento en él para producir tan extraña fisonomía?

Gonzalo se deshacia en vanas cavilaciones.

Siempre antipático para él el que tenía delante, le toleraba sin embargo cada dia más y habituado casi á su temperamento é ideas, á pesar de la discordia entre ellos, no acababa de sondear su verdadero carácter, ni era posible profundizase en aquella alma cor-

rompida, ni alcanzase las grandes complicaciones de su nefando proceder.

Oculto pues para él aquel fondo tan perverso, era en valde que se esforzara para descifrar el enigma.

Pasaron algunos minutos en el más profundo silencio, y se disponia ya el jóven á alejarse desesperanzado de ver al cajero salir de su abstraccion, cuando venciéndose éste impidió el intento de aquel con las siguientes palabras:

—Nos ocupábamos Isabel y yo de tí en este momento, dijo con asombrosa naturalidad, holgándonos mutuamente... porque Isabel tiene un excelente corazon, añadió como entre paréntesis, de lo que esta mañana he sabido por mi madre. Es un suceso grato para todos, Gonzalo, y me doy por él la más cordial enhorabuena, si es que obras con tu libre voluntad.

Confuso Gonzalo, cortado, y sintiéndose tan criminal bajo esta inexperada salida como el reo más culpable, tardó algunos segundos en formar su respuesta: y cuando la formó iba envuelta en tal confusion de palabras, y en tan ambiguo sentido, que necesariamente afirmó á Francisco, más en

la sospecha que habia concebido por la mañana.

Ocultó sin embargo su modo de pensar, y después de algunos momentos más de conversacion sobre el mismo asunto, se retiró Gonzalo á su dormitorio, en tanto que Francisco lo hizo á su propia casa, á meditar allí á solas en lo ocurrido aquella noche.

### CAPÍTULO III.

---

Cercada Cádiz de mar, excepto por la estrecha garganta de tierra que une esta ciudad á la isla de San Fernando, la escudan de la entrada de las aguas las murallas precisas para señalar su término al Océano: al Océano que, aunque rechazado en sus embates y furiosas embestidas por esta resistencia, más de una vez ha vencido los firmes cimientos, y lanzándose alevoso dentro de los mismos muros, que de continuo minados por el perpétuo trabajar de las olas, en no pocas ocasiones han sido rendidos á sus esfuerzos.

En la época á que me refiero, existia en el campo santo, lugar que comprende casi toda la extension del terreno que abarcan las

aguas del Atlántico, una zanja formada por el embate continuo de las olas, que en extremo reciente, no habia aún alcanzado el privilegio de la reparacion.

Profundo y extenso este hoyo, su imponente vista habia atraido no pocos curiosos, y aunque habian pasado algunos dias desde que una noche tempestuosa remataba la obra comenzada por las perseverantes olas, no habia aún disminuido el número de los concurrentes.

Una tarde, sin embargo, en que el aspecto amenazante del cielo retraia á muchos de satisfacer su curiosidad, se hacia la zanja tan imponente, bajo el batido furioso del mar, el furibundo rugido del embravecido Océano, y los violentos silbidos del viento, que aún los pocos más valerosos á su alrededor agrupados lo contemplaban con espanto.

Era, en verdad, un espectáculo cuyo enérgico y misterioso lenguaje no podia menos de producir el más grande y sublime efecto.

Cubierto el cielo de negras y espesas nubes, tan densas, oscuras y bajas que parecia llegar la bóveda celeste á las torres mismas de la ciudad, la cubria como á un cuerpo

muerto un pálio de terciopelo, rasgado de vez en cuando por los vivos reflejos de los relámpagos que como culebras de fuego bordaban á intervalos el encapotado horizonte.

Aunque lejano el ruido de los truenos, era repetido y prolongado y se semejaba al movimiento perpétuo de pesados carros.

Era cenagoso el color del mar y se presentaba movido por furiosas é impetuosas olas que gigantescas se arrojaban en pos las unas de las otras, y embravecidas lanzaban el furor de su ira contra la resistente muralla.

Rechazadas allí, no obstante su fiereza, por el muro defensor, vengábase de su burlada esperanza en la abierta zanja que de antemano socavada ofrecia un desahogo á su furor.

Ola sobre ola llegaba hasta su misma superficie; ola sobre ola, á cual más embravecida y encarnizada, derramaba sobre el hoyo el ímpetu de su locura, y batiendo sin misericordia los peñascos en su fondo, resarcianse en su severo castigo de la resistencia ofrecida por más resguardados lugares.

Espesa la espuma de estas olas, espesa cual la de un hidrófago, y á semejanza en su

ira del rabioso impotente para vencer la furia que le devora, arrojando ésta espuma como desahogo necesario, acompañábanla horribles rugidos y bramidos furibundos.

Un viento fuerte Sud-Oeste llenaba el aire de humedad, y silbaba con violencia.

Cerrado el horizonte, ningun bajel mayor se distinguía en lontananza, ni se divisaba siquiera una sola lancha pescadora: tan terrible se presentaba la lucha con los elementos; pero audáz en extremo un místico solitario, visible como una cáscara de nuez sobre las agitadas aguas, indiferente á los peligros, desafiaba solitario el poder de sus enemigos, surcando el mar á toda vela, y mostrándose valeroso en esta lucha.

Frágil navecilla lanzada á merced de los caprichos de Eolo, y á los furores de Neptuno, ofrecía un espectáculo grandioso en su loco atrevimiento.

Tan pronto osado cortaba rumbo por encima de las embravecidas olas, como cubierto por ellas desaparecía entre la espuma.

Tan pronto viraba para un lado como para otro buscando los favores del viento y como impelido por una fuerza irresistible, marcaba su curso en el espacio, y parecía, ir

á esconderse en el horizonte, que en su densa oscuridad parecia el término del universo.

Tan pronto iluminaba su velámen un vivo reflejo de relámpago, como envuelto en brazos de las gigantes olas parecia que no se volveria á ver.

Y con razon se temia esto.

Era una contienda espantosa desigual, y el bajel luchaba contra muchos enemigos reunidos.

Un grupo de personas situadas en la inmediacion del hoyo observaba con el más vivo interés los movimientos del arrojado místico, y entre ellas se hallaba nuestro amigo D. German del Castillo, que acompañado de su dependiente Antonio Rosales, parecia interesado como nadie en la suerte del bajel.

—Mírale, Antonio, decia, cómo se eleva ahora, y parece ir á dar con los palos en el cielo. Y mírale cómo ha vuelto á bajar. Cualquiera creeria que se va á sumergir en la brava mar. Es un arrojado espantoso que me causa horror, haberse echado á la mar en un tiempo como este. Es mucha locura. Y la noche va viniendo ¡y sabe Dios á dónde le llevará! Mírale cómo vira ahora. Y recoge

rizos... Va perdiendo la esperanza... Pero, nó, añadió observando que de nuevo volvía el místico á soltar velámen, no era mas que para cambiar de bordada. Vuelve otra vez á deslizarse cual si nada le detuviera, y allá va... mírale, Antonio, como sobre una balsa formada en la superficie de las aguas. ¿Qué es eso? exclamo de repente interrumpiéndose; ha desaparecido. No le veo, Antonio, esfuerza la vista tú, que tienes los ojos más jóvenes que yo, y mira bien. ¿Qué es lo que ves?

Antonio concentró en su mirada todo el afecto que le merecía su principal, toda la fuerza de su voluntad para servirle, y con ella las potencias todas de su alma; é insinuó con timidez que si no parecia equivocacion, una ola monstruosa habia envuelto al frágil buque; pero ya retirada, volvía de nuevo á presentarse tan gallardo como ántes.

—Ya lo veo, ya lo veo, exclamó D. German, contemplando otra vez la cáscara de nuez. Voy ya cobrando esperanzas, dijo. Es mucha su resistencia.

La noche estaba ya casi encima; el enlutado cielo se mostraba por momentos más oscuro; los truenos zumbaban todavía aunque distantes, y las culebras de fuego seguían

interminables bordando el horizonte, como si el cielo se hubiese propuesto no dar fin á esta ruidosa fiesta.

Lentamente disminuido el grupo interesado en las maniobras del buque, segun se iba aproximando la noche, quedaban solos en la intermediacion de la zanja el comerciante con su dependiente, que á pesar de la densa oscuridad se empeñaba todavía en seguir el rumbo del bajel.

La mar á su misma altura lanzaba constante sus furiosas olas, vertiendo el despecho de sus enojos contra el indefenso hoyo; el viento tan vigoroso como ántes bramaba con la misma violencia que desde el principio de la tarde, y el espectáculo imponente aumentado por las espesas tinieblas, iba por momentos creciendo en grandeza.

Imposible ya el distinguir los movimientos del místico, en vano dilataba D. German su clara pupila, y animaba á su dependiente á hacer uso de sus ojos más jóvenes.

Desesperado de la ineficacia de sus esfuerzos, se disponia á encomendar el bajel á la misericordia de Dios, cuando de repente iluminado el espacio por el más brillante relámpago, cuyo fugaz reflejo, infundió en todo el

horizonte la más clara luz, pudo verse por última vez la arrojada nave.

Oportuno este relámpago, y lanzada su claridad como de intento sobre el místico, la perspectiva que se ofreció á D. German fué casi maravillosa.

El buque habia vuelto á virar, por lo que podia juzgarse de su posicion y mejor colocado ahora á favor del viento con todas sus velas desplegadas, no bien lo iluminó el relámpago cortó rápido en línea recta por el espacio como una flecha lanzada por la más diestra mano, y con igual velocidad se perdió en el horizonte.

De efecto magnífico este movimiento, y tan rápido que midió su tiempo por el del relámpago, dejó pasmado al que lo presenciaba.

D. German contempló á su dependiente como si fuera aquello que acababan de ver obra de alguna oculta hechicería, y Antonio igualmente sorprendido, devolvió la mirada de su principal con la más espantada expresion en su nada interesante fisonomía.

—¡Gracias á Dios! dijo al fin el comerciante después que se hubo algun tanto repuesto de la impresion que acababa de recibir; gracias á Dios que se ha salvado. Es otra cosa

ya por allí fuera. En alta mar no temo por ese valiente, añadió.

Un trueno más profundo que ninguno de los anteriores acompañó al brillante relámpago, y fué seguido por un aguacero tan repentino y copioso, que ántes que tuvieran D. German y su dependiente tiempo de refugiarse en alguna de las puertas de las casas inmediatas, se habian empapado sus ropas en agua.

¡Pobre Antonio Rosales!

¡Cuán grande era su desconsuelo!

¡Mojarse D. German que padecía de reumatismo!... Dejarle emprender la vuelta á su casa expuesto al más inminente de los peligros!...

Mejor hubiera querido Antonio, tan flaco como era, llevarle sobre sus hombros, como Eneas á su padre, áun cuando reventara bajo su peso, que autorizar semejante locura.

Era inútil rebatirlo.

Era ineficaz toda gestion por parte del principal para desviar al dependiente de sus intentos.

Jamás se habia atrevido á ir en oposicion á la voluntad para él tan respetada; jamás habia osado en todo el curso de su vida opo-

ner la más leve sombra de opinion contraria á la de su jefe; pero en esta ocasion en que veia él una cuestion de vida ó muerte, se mostró por primera vez más fuerte que don German, y venció en la porfia.

Iria por un coche para precaver los resultados de la mojada y el temor de su repetition, y D. German, lleno de paciencia, esperaria su santo advenimiento, guarecido entre tanto de la lluvia en el zaguan de la miserable casa adonde se habia refugiado.

Estas disposiciones dictadas y admitidas, procedió Antonio á ejecutar su mision, en tanto que la naturaleza, dispuesta á embromarle, no bien habia andado el pobrecillo veinte varas tuvo por conveniente secar sus abundantes lágrimas, y no sólo abandonar esta espresion de su dolor, sino deponer al propio tiempo todas las demás manifestaciones tremendas de sus poderosos enojos.

La lluvia copiosa pareció haber descargado al abrumado cielo del peso que le oprimia y en sus resultados se asemejaba á las lágrimas derramadas en la tierra tan eficaces para aplacar la furia de las pasiones y suavizar los más airados sentimientos!

Como por encanto producidos sus saluda-

bles efectos, apenas empezó á caer esta bienvenida lluvia, se notaron sus ventajas, y no bien cesó, se restableció por completo la calma de los embravecidos elementos.

Instantánea esta variacion, merced al cambio de viento, y cual si de nuevo hubiera sido empleada para el caso la vara del antiguo profeta, se amainaron las aguas del Atlántico, y bajas y flojas ya las embestidas de las olas, apenas llegaban á lamer las plantas de la zanja.

Las nubes amontonadas sobre la ciudad, y cubriéndola como á un cuerpo muerto un pálido de terciopelo, rompieron su estrecha densidad, y como avergonzados de sí mismos los rezagados nubarrones, que demasiado duros de corazon, no habian tomado parte en el llanto general, procelosos surcaban por el espacio en tanto que la luna levantándose á lo léjos como una lámpara de plata empezaba á difundir su suave claridad.

No hacia mucho tiempo que Rosales se habia separado de D. German, cuando una de las veces que volvió éste la cabeza en la direccion que debia traer el carruaje, llamó vivamente su atencion la figura solitaria de una mujer que caminaba con pasos en ex-

tremo acelerados, á alguna distancia de él.

Olvidado de repente de las prescripciones de Antonio, y profundamente excitada su curiosidad por la presencia de aquella mujer en semejante sitio, á aquella hora y con tal tiempo, abandonó el zaguan, y cuidando de no ser visto se puso á observarla.

La mujer siguió adelante, aparentemente con un objeto determinado y no paró hasta hallarse á una vara de distancia de la zanja, en cuyo punto, deteniéndose como para contemplar el paño de mar que se presentaba á su vista, extendió los brazos al Océano y articuló algunas palabras en alta voz, pero que, sin embargo, á causa de la distancia, fueron completamente ininteligibles para el testigo único de esta escena.

Inmediatamente después, y como impelida de renovado impulso, con pasos aún más acelerados que ántes se dirigió hácia la tierra movediza del profundo y oscuro hoyo, y llegada allí, en pié, solitaria é inmóvil, contempló sus aguas cenagosas.

D. German alarmado se le acercó temblando, porque la precipitación, la celeridad de sus pasos, la determinación de sus movimientos, y sobre todo su postura en la proximidad

del hoyo, le inspiraban un natural terror.

La asió por ámbos hombros ántes áun que fuera ella conocedora de su presencia; y aunque un grito espantoso como el de un loco enfurecido contestó á este generoso intento, y los más violentos esfuerzos por escaparse á los brazos protectores siguieron á aquel estallido de la burlada intencion, no por eso desistió el comerciante de su propósito.

Afirmó aun más sus fuertes garras, y separando á la desesperada mujer de la inmediacion de la zanja, la condujo casi arrastrando á un par de varas de distancia, donde cansada la infeliz con sus propios esfuerzos se dejó caer sobre el suelo, ocultó el rostro sobre un monton de arena, y rompió á llorar convulsivamente.

A poco rato levantó la cabeza, y áun con el mismo frenesí que ántes empezó á hablar.

—¡La mar, la mar! decia en medio de sus sollozos y sujetándose las sienes con ambas manos, cual si le desgarrara la cabeza algun vehemente dolor. ¡La mar! yo me quiero tirar á la mar.

—Tranquílcese V., sosiéguese V., exclamaba D. German, esforzándose por calmar la agonía que tan terrible le era.

—¡La mar, la mar!... mi único consuelo, mi única esperanza. ¿Por qué me separan de ella?

La luna reflejaba en su rostro y permitía al comerciante examinar sus facciones en tanto que de esta suerte se expresaba.

Era una mujer joven y bella; pero tan desencajada en este momento que apenas podía hacerse justicia á su belleza.

Mostrábanse, no obstante, las lágrimas y la inflamacion de sus párpados, hermosos y brillantes sus ojos negros y su boca encendida como un áscua, revelaba la más encantadora seducción en medio de cierta dureza característica de su caído lábio inferior.

Oscuro el color de su tez, pero subido el color de sus mejillas, y animada por este colorido la espresion de toda su fisonomía, no podía ménos de ser notable su señalado mérito.

Desordenado el cabello y caído en mechones desiguales sobre las sienes y frente, aumentaba la espresion desordenada del semblante; y desarreglado el vestido, y envuelta la joven en un manto que la cubría, y que al caer se había desprendido de sus hombros, ofrecía la infeliz en su estado profundo de deses-

peracion el más triste y notable espectáculo.

D. German sabia que esto no podia durar mucho tiempo; sabia que el terrible frenesí se llegaria á calmar, y que solo entónces podrian ser útiles y provechosas sus palabras de consuelo.

La dejaba, pues, por ahora entregarse á su postracion fisica y á toda su excitacion moral pensando entre sí que jamás habia visto un cuadro tan lamentable.

—¡La mar! volvió á decir la infeliz. ¡La mar, mi único refugio, mi esperanza y mi consuelo! Negra como está ahora, y como mi suerte ha sido... ¿Por qué me la han de quitar? Tenia valor; esta noche que Gabriel se ha marchado...

—¡Gabriel!

¿Que otro podia ser este Gabriel que el que D. German conocia?

Gabriel se llamaba Boleta, y Boleta se habia lanzado aquella noche á la mar en la cáscara de nuez, cuya lucha valerosa acababa de presenciar el comerciante, y de él era indudablemente de quien la jóven hablaba.

—Gabriel, repitió D. German, inclinándose hácia ella apenas articuló este nombre. ¿Gabriel Boleta? preguntó. Le conozco.

—¿A Gabriel? preguntó la jóven levantándose de repente y mirándole fijamente. ¡A Gabriel, el que era mi novio, mi hermano, mi prometido esposo! ¡Ah!... yo me quiero morir! ¡Me quiero morir! exclamó volviendo de nuevo á los mismos acentos frenéticos de ántes, y haciendo por levantarse del suelo resuelta como nunca á llevar á cabo su desesperado intento.

D. German la volvió á sujetar por los hombros y la jóven con grito aún más espantoso que el exhalado en el borde del hoyo, cayó de nuevo sobre la arena gimiendo con la más profunda amargura.

Era terrible contemplar semejante agonía y no encontrar medio de apaciguarla: era espantosa de ver esta triste desesperacion tan sin tréguas ó consuelo; y era capaz semejante ejemplo de corregir el corazon más corrompido.

Contínuos los gemidos ahora, é incesante el llanto convulsivo, permanecia indeciso sin saber qué partido tomar, temeroso de producir aún con la más insignificante de sus palabras, igual resultado al que acababan de obtener las pocas que habia articulado; hasta que notando al cabo de algunos momentos

ménos frecuencia en los sollozos y alguna mas tranquilidad en la postrada figura, se arrodilló á su lado y con el cariño de un padre le envolvió el cuerpo en el manto levantándole al propio tiempo la inclinada cabeza y haciéndola descansar sobre su hombro con la mayor ternura.

Hubo tal sentimiento en esta accion, tal afecto en la manera de ejecutarla, tal grado de compasion en el modo mismo de cubrir sus desnudos hombros y acojer sobre el suyo aquella afigida cabeza, que sus efectos fueron portentosos.

Más tranquila la infeliz desde este momento, se manifestó dispuesta á levantarse, aunque no ya, aparentemente, con las intenciones anteriores, pero demasiado débil para hacerlo por sí sola, tuvo que recurrir al apoyo de su salvador; y esto hecho, le contempló por algunos segundos con silenciosa atencion.

—¿Me conoce V.? preguntó el comerciante.

—Nunca he visto á V. hasta ahora.

—¿Y sabe V. lo que he hecho por V. esta noche?

La jóven sin atreverse á mirarle, bajó la

cabeza con la más profunda humildad en su actitud, sujetándose al propio tiempo el manto con ambas manos, cual si quisiera valerse de este resguardo para ocultar su vergüenza.

—¿Y se halla V. bastante tranquila para escuchar lo que deseo decirle en una ocasión como esta y para que no lo olvide jamás? preguntó enseguida D. German.

Volviendo otra vez la desgraciada mujer á los sollozos, murmuró en débiles y confusos acentos su gratitud por lo que merecía de un desconocido; y de nuevo tornando á su actitud anterior tan llena de humildad, continuó hablando con los más fervorosos acentos.

—Soy muy mala; bien lo sé, dijo, pero no tanto tal vez como V. me cree. Hace mucho tiempo que debería haber estado en la mar, añadió lanzando una mirada terrible al Océano, si no fuera porque algo bueno quedaba aún en mí. Me acordaba de Gabriel, y mientras le veía y le tenía cerca, me era imposible afligirle. A no ser por eso, hace muchas noches que la mar me hubiera tragado.

—Gabriel no ha marchado para siempre, dijo el comerciante pulsando con afán la única cuerda sensible que confesaba aquella desgraciada poseer en su desesperado corazón.

Volverá en breve y el resultado hubiera sido igual.

La jóven meditó algunos momentos.

—¡Pobre Gabriel! exclamó enseguida cruzando las manos y de nuevo dirigiendo la vista al mar cual si le divisara allí. Le he hecho sobradamente desgraciado con mi cruel ingratitud, y no quisiera... no, aumentar sus sufrimientos.

—Gabriel es el más noble y honrado de los hombres, interrumpió D. German halagando los provechosos pensamientos tan á tiempo despertados; y seria el colmo de la iniquidad causarle ningun género de pesar. Le conozco hace años, y le aprecio como si perteneciera á mi propia familia.

—¡Tan noble, tan honrado!... ¡Ay! si señor, prorumpió la jóven. ¡Gabriel es todo eso; y mucho más ha sida para mí!

Sus lágrimas empezaron á correr de nuevo, pero no ya con el frenesí de ántes, y siguió hablando con balbucientes acentos, afectada por nuevos, más tranquilos y mejores sentimientos.

—Eramos hermanos de adopción. Nos criamos juntos y crecimos como sino hubiera en el mundo otra cosa que hacer más que amar-

nos. Debía ser Gabriel mi marido, y me amaba con el afecto mas tierno, como si yo le mereciera...

Los sollozos le impidieron continuar.

—Basta, Mercedes, basta, exclamó D. German asiendo entre las suyas una de las manos de la jóven y esforzándose por consolarla en su afliccion. No prosiga V., si tanto la aflige recordar lo pasado.

—Me conoce, dijo para sí la jóven. Sabe mi nombre, y no debe ignorar mi historia.

Conociéndola y no ignorando su historia le habia tendido una mano salvadora: no habia escrupulizado prestarle su tierna compasion, ni se habia desdeñado de mostrarse misericordioso.

Era demasiado, y Mercedes le contempló con la más profunda veneracion.

—Si Mercedes, repitió el comerciante no pudiendo ménos de notar la sorpresa de la jóven al verse conocida; todo lo sé por el mismo Gabriel, y sé más que nada cuánto la ama á usted, y el deber en que V. se halla de no aumentar los pesares de tan noble corazon. Mucho le quisiera decir á V. esta noche, prosiguió, anhelando aprovecharse de las buenas disposiciones que pudieran más tarde desapa-

recer, sobre el acto de locura de que he podido libertarla, interesado desde ahora en su suerte, y deseoso de tranquilizar el espíritu atormentado que ha producido semejantes funestos resultados; pero veo á V. fatigada y temo abusar de sus fuerzas.

La aparición de un coche interrumpió el resto del discurso, y ántes aún que hubiera tenido tiempo Mercedes de conceder una palabra en respuesta, se apeó del carruaje el dependiente de D. German, é incontinenti se dirigió al zaguan en busca de su principal.

¡Oh chasco inesperado!

D. German habia desaparecido, y todos los horrores del reumatismo acosaron el corazón de Rosales con la fúria de una legion de demonios.

¿Qué seria de su jefe? ¿Qué era lo que habia sucedido?

La luna bastante elevada ya, iluminaba toda la extension del campo-santo, y permitió al fin al desconsolado Antonio descubrir en uno de los dos bultos inmediatos á la zanja la robusta persona de su principal, quien atento á las diligencias de su comensal, no bien le vió venir desde léjos, suspendió su conversacion con Mercedes, y fué á su encuentro.

—No me digas nada, Antonio, dijo sonriéndose; cualquiera hubiera hecho lo que yo, aunque padeciera de cincuenta reumatismos; y Dios me dispensará este ataque en consideración á sus causas. Ya lo verás. Eres un guapo muchacho, y no sé como pagarte tu interés.

Antonio no se atrevió á ofrecer la menor sombra de reprension: D. German tendria razon; jamás le habia faltado; y humilde esclavo no podia hacer otra cosa que reconocerlo.

—A esta pobre mujer, añadió el principal, señalando á Mercedes, la he salvado de un peligro, y no puedo abandonarla por ahora. Luego lo sabrás todo, Antonio, agregó. Ya sabes que para tí no tengo secretos.

El dependiente no necesitó segunda indicacion.

Se separó inmediatamente de su jefe, y tomando la calle más cercana desapareció enseguida de su vista.

En tanto se habia vuelto á reunir D. German con Mercedes.

Frio el aire de la noche ahora, á consecuencia del cambio de viento, tiritaba la jóven y apenas podia tenerse de pié; tan entorpecidos se hallaban sus miembros; y naturalmen-

te compadecido el comerciante de este estado, la ofreció un asiento en su coche, que brindado con las más vivas instancias, no pudo menos de obtener la más agradecida aceptación.

Apoyada, pues, Mercedes, ó mejor expresado, sostenida y casi conducida por el brazo vigoroso de D. German hasta llegar al carruaje, juntamente con él penetró en el interior y dirigiéndolo á la calle de la Alameda, partieron reunidos á su destino.

## CAPÍTULO IV.

---

Una vez introducida esta extraña pareja en el carruaje, fué el primer cuidado de don German ganar por todos los medios la confianza de la jóven, tan necesaria para ayudarle en su propósito de apaciguar los sufrimientos de su espíritu; y pareciéndole que nada podia mejor darle este resultado que volver á la cuestion de Gabriel, empezó por comunicarla ante todas cosas su propio nombre y condicion, que aun ignoraba Mercedes, y enseguida los detalles de su conocimiento con Boleta, y los infinitos casos en que mereciera del gallardo patron las más evidentes muestras de deferencia y aprecio.

Sumergida Mercedes en el fondo de su

asiento, y aparentemente rendida con sus violentos esfuerzos, hubiérasela creído indiferente al asunto; pero el que, merced á la clara luna y las recorridas cortinas del carruaje, veía la espresion de su semblante, formaba bien distinta opinion, y dichoso se lisonjeaba del efecto de su ardid.

Inmóvil sin embargo la figura, é impreso sólo en la fisonomía este deseado efecto, no separaba D. German los ojos de ella, ni perdía el más leve de sus gestos expresivos.

Una vez, al pasar por delante de la casa de Misericordia, fué uno de estos gestos tan característicos del más profundo dolor, y de algo casi semejante á horror, que el comerciante se estremeció al contemplarlo.

—¿Le ha dado á V. algo? preguntó alarmado.

—El recuerdo de mi infancia, contestó Mercedes, me ha atravesado el corazon como una saeta. Mi infancia, repitió, incorporándose en el carruaje, y señalando con la mano al Hospicio que habian ya dejado atrás, pasada ahí, con Gabriel, tan inocente, tan pura y dichosa... como deberia haber sido mi vida entera! Ahí nos conocimos, añadió. Ahí nos encontramos huérfanos, desamparados, de la

misma edad, y aprendimos á querernos sin saber lo que era amor. ¡Jamás, agregó, volviéndose á sumergir en el fondo de su asiento, y envolviéndose por completo en el manto, jamás he pasado por aquí hace tres años!

Signieron á estas palabras algunos momentos del más profundo silencio que no se atrevió D. German á interrumpir, hasta que vió el semblante de Mercedes otra vez reducido á su estado natural, creyó oportuno imponerla del conocimiento que tenia por Boleta de lo ocurrido entre ellos.

Caminando lentamente el vehículo, pero escaso no obstante el tiempo de su travesía, para permitir á D. German decir todo lo que se habia prometido, al pararse el carruaje en la calle de la Alameda, pidió el beneplácito de su compañera para penetrar con ella en su morada.

—Es una humilde choza indigna de recibir á tan elevada persona, fué la contestacion de Mercedes; pero yo me tendré por muy honrada, si V. atraviesa sus umbrales.

D. German despidió el coche y conduciendo otra vez sobre su fuerte brazo á su nueva conocida, entró con ella en la casa y en la sala de recibo, donde quedó solo por algunos mi-

nutos, interin que la jóven iba en busca de una luz.

A oscuras en aquel cuarto desconocido, á aquella hora de la noche, y ocupado en la más extraña aventura que le habia ocurrido en todo el curso de su vida, se entregó el comerciante á las reflexiones consiguientes á su situacion, y no salió de su abstraccion hasta que la reaparicion de Mercedes con una bujía en la mano le sacó de ella.

Claramente, vista ahora la jóven á favor de la luz, pudo D. German confirmarse en la opinion que habia formado de su hermosura, y al mismo tiempo notar una tacha en extremo visible en el expresivo semblante, que hasta entónces no habia podido observar.

Era una cicatriz en el mismo medio de la frente, que aunque no grande, era profunda y extraordinariamente señalada, y afeaba tanto la parte superior de la fisonomía, que causaba lástima se hallara allí.

Desordenado ántes el cabello, y tal vez cubierta esta señal por algun espeso mechon, no habia reparado D. German en ella; pero ahora, fuertemente atraida su atencion, no pudo ménos de inspirarle al propio tiempo que compasion, curiosidad de conocer su causa.

Era efectivamente una cicatriz tan extraordinariamente honda y encorvada, que no era raro despertase semejantes sentimientos, que poco disimulados, llamaron la atención de Mercedes.

Con la bujía en la mano aún, parada delante de su compañero, observó el exámen que de ella hacia, y se coloreó su semblante, quedando sólo libre el sitio de la cicatriz.

Separóse instantáneamente de D. German como para ocultar su turbacion, y colocando la luz sobre la mesa, invitó á su visita á ocupar un asiento.

D. German lo hizo, y Mercedes siguió su ejemplo, pero cuidando de situarse de espaldas á la luz, como para apartar toda atención de su cicatriz.

Algun tanto arreglado su descompuesto tocador, miéntras fué en busca de la luz, observó D. German que el poco arte empleado en tan breves momentos habia contribuido á desterrar por completo el aspecto desordenado que tanto efecto le habia hecho, y augurando, dichoso, por estos síntomas de la readquirida tranquilidad las mejores esperanzas, con el baston sujeto entre ambas manos y la barba apoyada en él (su postura favorita), contempló á la jóven complacido por

algunos segundos, sin que ella hiciera alto en semejante observacion.

Se hallaba Mercedes desde el momento de sentarse entregada á tan profunda meditacion, que dejaba á su acompañante en libertad, no sólo de examinarla á ella, sino al propio tiempo los demás objetos de la sala, que uno por uno fueron sometidos al más riguroso reconocimiento.

Un sofá, algunas sillas, la mesa del centro, junto á la que se hallaban sentados los nuevos conocidos, alguna docena de cuadros, y un brasero sin lumbre, colocado en uno de los extremos de la habitacion, constituian todo su alhajamiento, al que no hay que agregar mas que una paleta colgada de un clavo, bajo uno de los cuadros más visibles, y cuya presencia en semejante sitio no pudo ménos de llamar la atencion de D. German.

Observóla con fijeza y le pareció á la distancia en que se hallaba, notar en ella ciertas manchas de una extraña apariencia; pero distraido en aquel momento por la voz de Mercedes, reconcentró de nuevo su atencion en la jóven.

—He estado pensando, dijo ésta, saliendo do su abstraccion, ¡que si algunos años hace

hubiera yo encontrado lo que me hizo V. sentir esta noche cuando se arrodilló á mi lado, y no se desdeñó de acariciar, como si hubiera sido su propia hija, á una criatura como yo, no seria mi corazon lo que es. ¡Ay! exclamó con arrobamiento, lo que pasó por mí en medio de mi agonía, las sensaciones nuevas y dulces que apagaron como por encanto mi desesperacion y conmovieron mi alma de una manera que nunca habia experimentado... no las puedo explicar. Fueron, continuó diciendo como inspirada, y con aquella originalidad de espresion tan notable en ella algunas veces, tales y tan inefablemente suaves y tiernas, que trastornaron por completo mi sér, y me revelaron dulzuras por desgracia nunca conocidas. Pensé en el amor de madre en su piedad y misericordia, que tanto me hubieran servido en el curso de mi vida; pensé en el cariño paterno, que tan grande proteccion me hubiera prestado, y salvádome de cuanto me ha acaecido, y pensé que si ántes de ahora hubiera encontrado lo que despertó semejantes pensamientos, no seria lo que soy!... Se quedó pensativa por algunos momentos; pero volviendo en breve á tomar la palabra, continuó de esta suerte,

mas bien hablando para sí, que dirigiéndose á D. German:—Pero, para mí todo ha sido vedado en el mundo; y si alguna vez, como cuando asoma el sol en el Oriente, una débil luz se me ha aparecido, guiándome al reposo y á la ventura, ciego mi indómito corazon se ha resistido en seguirla.

He sido una criatura maldita, sentenciada al infierno con anticipacion, exclamó de nuevo, chispeando sus ojos al articular estas palabras.

D. German, que en el breve tiempo en que la habia acompañado habia ya aprendido á comprender algo de las profundidades y violencias de esta extraña é impetuosa naturaleza, paró con su bien entendida intervencion el espontáneo arranque.

—¿Y quién, dijo interrumpiéndola, le dice á V. que no seamos nosotros mismos los culpables de lo que en el mundo nos acaece? ¿Quién le dice á V., que una existencia que pudiera haber sido dichosa y tranquila, no haya sido trocada en lo contrario, por efecto de nuestras propias pasiones? ¿Y quién, Mercedes, ignora que la mayor parte de los males sobrevenidos á los humanos proceden de las malas pasiones engendradas en su alma,

que no se cuidan de corregir, extinguir, ó guiar á mejor camino, y no de otra causa exterior á la cual solemos atribuirlos? Yo ignoro la historia de los sufrimientos de V., pobre mujer, exclamó mirando á la jóven con la mayor compasion; ignoro los secretos de su corazon. No sé mas que lo que Boleta me ha dicho: que fuisteis amantes desde niños, que deberiais ser esposos, y juntos surcar el mar de la vida; que se embarcó una vez, y cuando volvió se encontró viudo, ántes de ser esposo, y que el mundo acabó desde entónces para él. Nada más he sabido.

—¿Nada más? preguntó Mercedes, fijando una mirada escudriñadora en su vista, como queriendo leer en las profundidades de su alma.

—Nada más, contestó el comerciante. Y esto mismo me lo contó Gabriel, no como lo refiero, con esta ligereza, sino con suma dificultad y en diferentes ocasiones, preso siempre de los más visibles padecimientos, y lleno en todo tiempo de consideracion, generosidad y grandeza!

—No late en cuerpo humano un corazon más noble, exclamó D. German con energía, y nadie lo debería conocer mejor que la com-

pañera de su infancia, la amada de su juventud, la esposa de su eleccion. ¡Ah! ¡Mercedes. Mercedes!... ¿por qué despreció V. tan riquísimo tesoro? ¡Un corazón leal, un alma tan grande y generosa!

Mercedes estaba llorando.

La cuerda de Gabriel respondía á la más breve vibracion, y el comerciante no la pulsaba en valde.

Era evidentemente el único punto claro en el oscurecido horizonte de aquella desgraciada mujer: era ostensiblemente el sólo sentimiento que encontraba eco en su desesperado corazón; toda la esperanza de D. German descansaba en esta cuerda sensible.

—Gabriel ama á V. todavía, habia continuado diciendo, y la amaré toda su vida. El mal no es irremediable, Mercedes, añadió dejando caer una mano sobre el hombro de la jóven. Hay perdon para los culpables por criminales que sean, en el Tribunal Supremo, donde son juzgadas sus ofensas: hay clemencia allí; ¿y no la ha de haber en la tierra? Animo, Mercedes, y ese llanto no será en balde. El hombre que tantas pruebas ha dado de su grandeza, no la rechazará á V., si doliente y arrepentida implora su misericordia. El

hombre que, aún juzgándola perdida para siempre, la ha amado todavía, con sólo una palabra volverá á los brazos de V. El hombre que no la ha acriminado jamás, que no ha vertido contra V. una sola queja, y que tierno y considerado no se ha mostrado sino lleno de indulgencia y generosidad, todo lo olvidará de una vez, y gozoso recibirá á la arrepentida Magdalena. Cristo no se desdeñó de hacerlo. Cristo no fué indiferente á las lágrimas y á los sollozos de la que bañó sus piés con su llanto, y los secó con sus cabellos; y Gabriel imitará tan grande ejemplo. Mercedes levantó la cabeza, enjutos ya sus ojos, pero violentamente agitada.

—¡Tarde ya, tarde para todo! exclamó con acentos tan resueltos que no admitían contestación: ¿había de llegar mi maldad hasta ese extremo? No me lo diga V. No lo esperara jamás de tan noble caballero. Quise á Gabriel, continuó diciendo con creciente energía, con mi alma toda, por muchos años de mi vida, inocente, y pura como el niño recién nacido, cifrando en su amor todos mis sueños de felicidad; pero ví á otro, á otro tan distinto de él como la noche del día, como la tierra del mar, como este mundo del otro!... ¡y por aquel ol-

vidé á Gabriel! ¡Gabriel!... ¡que era el dia, la segura tierra, el otro mundo; y troqué la luz brillante del sol por la tenebrosa noche, la seguridad de la tierra por los azares del mar, y la gloria del otro mundo por el infierno de este! He tenido mi castigo. No merezco clemencia: ni la pido, ni la quiero. Soy una criatura maldita, y no debo hacer partícipe á Gabriel del peso de mis enormes culpas. ¿Yo aproximarme á él? ¿Yo contaminar su alma pura? ¡Ah! soy muy mala, bien lo sé; pero aún queda algo bueno en mí. No me prive V. de ello; no me aparte de mi único consuelo en este mundo.

—Y si Gabriel instara, si Gabriel de rodillas, á pesar de sus ofensas, replicó D. German, firme siempre en su idea, implorase lo que V. le rehusa ahora; si olvidado de lo pasado volviera otra vez cual si nada de ello hubiera sucedido, y cual en los antiguos tiempos de su amor, tierno, amante y confiado, ¿no se llegaría V. á ablandar?

—¿Si instase; si de rodillas á pesar de sus ofensas, implorase lo que le rehuso ahora? dijo Mercedes, repitiendo las palabras de don German. Lo ha hecho ya, y he sido inexorable. Inexorable como lo seré todos los dias de

mi vida. No le amo ya, añadió con más templanza. Perdí con el destino venturoso que me ofrecía el placer puro é inocente que en su amor me prometia: perdí todo mi antiguo ser con él; y la furia de las pasiones despertadas por la nueva existencia creada en mí, nos separa para siempre como la más invencible barrera.

Pienso en él, continuó diciendo, como piensa el viajero en el país lejano, al que no habrá de volver. Pienso en él como el que surca el agitado mar y recuerda la segura y distante tierra. Pienso en él como el desterrado, en su patria y en su hogar; y le amo ya, no como amante, ni aún como á hermano, no soy digna de tanto, sino tal como los buenos aman á los santos; llenos de respeto y veneracion humildes, no atreviéndose ni á besarles el ropaje.

D. German meditó por algunos instantes, ocupado entretanto en hacer signos cabalísticos sobre el suelo, miéntras que Mercedes después de una breve pausa, volvió á tomar la palabra.

—Nada bueno, nada de sentimiento queda en mí mas que lo que me inspira Gabriel. Si aparte de eso vive aún en mi corazon, no

vive ni vivirá jamás para sentimientos de ternura, sino sólo para el ódio más inextinguible, implacable é imperecedero que jamás engendró pecho humano.

D. German habia ya comprendido el abandono de Mercedes por su segundo amante, y no necesitó de estas palabras para confirmarse en sus suposiciones.

—¡Y Gabriel no ha odiado jamás! dijo, sin atreverse á contemplar el semblante mas que nunca agitado de su compañera al dirigirle esta reconvencion. Gabriel á pesar de los motivos poderosos que para ello le asistian, jamás ha abrigado semejantes sentimientos.

—¡Gabriel! prorumpió Mercedes, casi con un grito y levantándose de su asiento. ¡Gabriel no tiene remordimientos! dijo con acentos tan sepulcrales, que el comerciante se estremeció, y miró en derredor pensando que la voz venia de alguna otra parte.

Quedóse despues de articuladas estas palabras sumergida en tan profunda abstraccion, que hubiera sido inútil toda tentativa por parte de su nuevo conocido para sacarla de ella.

Inclinada la cabeza sobre el pecho, y caidas las manos sobre las faldas, en extremo

abatido su semblante, y como si todo género de esperanza hubiera para siempre desaparecido para ella en la tierra... causaba lástima presenciar su abatimiento.

Su físico también parecía sufrir y temblorosos sus miembros por efecto de la agitación interior, ó tal vez, pensó D. German, por el aire frío de la noche, se dirigió al brasero con la intención de aproximarle y aliviarla con su lumbre.

Pero adivinado su intento casi por instinto; no bien le vió Mercedes abandonar su sitio, como pudiera una leona saltar de su jaula, así frenética saltó sobre él.

—El brasero no; el brasero no, gritó furiosa. No tiene lumbre, ni la tendrá jamás. No llegue V. No se le aproxime. No me lo traiga V. ó sabe Dios lo que haré.

D. German creyó que había perdido el juicio; pero cediendo á este inexperado furor, y calculando con razón que encerraba algún misterio que tal vez averiguaría más tarde, pero que no era aquel el momento oportuno para sondear, tornó á su asiento en silencio.

Mercedes se arrepintió de su violencia.

No acostumbrada á sujetar los impulsos

arrebatados de su naturaleza, poco aleccionada en la escuela del vencimiento y del dominio de sí, seguía impetuosa los ímpetus todos á su carácter violento; pero fuertemente impresionada de lo que acababa de merecer de su nuevo conocido; su tierno miramiento con ella; y las consideraciones inexperadas que tanto le habia llegado al corazon, sintió con su alma todo el furor que acababa de desplegar.

—Dispense V., dijo con la más profunda humildad, dispense V. mi violencia. No lo he podido remediar. Ese brasero, continuó señalándole, engendra tan horribles recuerdos en mi, que no lo he vuelto á llegar desde que lo coloqué en ese sitio. He pasado noches enteras muerta de frio, pero resuelta á no valirme de él, resuelta á no separarlo jamás de ese rincon donde yace, estando como está vivo el recuerdo del sufrimiento más horrible que he tenido en mi vida... no es extraño lo que acabo de hacer. Ese brasero, repitió, y esa paleta, agregó señalando á la que colgada de un clavo habia llamado la atencion de D. German, y como queriendo darle una satisfaccion concediéndole esta extraña confianza á medias, me traen tan espantosos recuerdos, que no es de extrañar el profundo horror con que los miro.

D. German se levantó de su asiento, y como por distraccion; disminuyendo la distancia que le separaba de la paleta, examinó las manchas de sangre que habia observado ántes.

Eran de sangre á no dudarlo, y se excitó en él la curiosidad de conocer su procedencia.

Desapercibido por Mercedes el exámen hecho con el mayor disimulo, tornó enseguida el comerciante á su silla; y no bien se halló otra vez sentado, dirigió á la jóven la siguiente pregunta:

—¿Y si tal efecto le producen á V. esos objetos, si su presencia evoca tan horribles recuerdos, Mercedes, por qué conservarlos aquí y buscarse tan penosos pensamientos?

Una sonrisa extraña pasó por la fisonomía de la jóven, que dando un carácter nuevo á su semblante, lo hizo aparecer tan duro y tan repulsivo que D. German experimentó lo que no habia hasta este momento: la desconfianza de regenerar á la jóven; así es que la oyó hablar con el más marcado disgusto.

—Gabriel, dijo, me contaba en antiguos tiempos las historias más curiosas que puede usted imaginarse, aprendidas todas en sus viajes, con las cuales solia entretenerme las noches largas de invierno. Los hábitos de unos

países, los usos de los otros, las diversas razas que pueblan la tierra, sus costumbres... y me contó entre otras cosas lo que los indios de no sé qué parte hacen con los cráneos de sus parientes ó amigos muertos á manos de una raza enemiga.

D. German no sabia á dónde iba á parar, y la escuchaba con instintivo desagrado, pero al propio tiempo con extremada sorpresa.

—Me contaba Gabriel, continuó diciendo Mercedes, que como el avaro su tesoro, conservan los indios estos cráneos colgados en el sitio más visible de sus moradas como estímulo de sus sentimientos de venganza, cebándose en medio del dolor mismo despertado por su presencia en las sensaciones formadas por su contemplacion. ¡Es una grande ideal prosiguió con la misma rechazante sonrisa de ántes, y me hizo una impresion inolvidable. Cuelgan estos cráneos, como ya le he dicho á usted, en el sitio más visible de sus moradas para no distraerse jamás del pensamiento de la venganza ó desprecio; no para valerse de ellos para uso alguno como pudieran hacer con los cráneos de sus enemigos, sino puramente como le he dicho á V. ántes, como vivo estímulo á su venganza y perpétuo re-

cuerto de sus ofensas. ¡Grande idea! ¡Grande idea! repitió. Hé ahí, añadió señalando por turno al brasero y á la paleta; he ahí mis cráneos estimuladores. He ahí esplicada mi historia. ¿Puedo valerme de ellos? preguntó mirando fijamente á su compañero.

D. German meneó la cabeza con tristeza.

—¿Me considera V. agena á todo sentimiento bueno? exclamó Mercedes notando la expresion desconsoladora del semblante de su oyente.

El comerciante suspiró.

—¡Y Gabriel!... mi respeto, mi tierna consideracion por Gabriel, ¿no le parecen á usted nada, señor? preguntó.

—Quisiera, replicó el hombre benévolo, encontrar algo más. Quisiera, Mercedes, encontrar en medio de los deslices, de las vueltas y revueltas de ese complicado corazon, otros sentimientos que le elevasen sobre las ruindades de sus pasiones, y le aproximasen al fin para que fué creado. No puedo aún más que vislumbrar su borrascosa historia; no puedo aún más que comprender que fué un corazon sencillo y excelente en sus principios, separado después de esa senda por la voz alborotada de las pasiones, y que burla-

das estas no sabe sobreponerse á sí mismo, y mostrarse triunfante en la contienda. Pero comprendo lo bastante con esto para saber que mucho de lo que hay en él debería ser desterrado y reemplazado por más templados, más clementes, más caritativos sentimientos.

Mercedes volvió á la risa extraña entre sarcástica y lúgubre.

—¿Hubo clemencia para mí? exclamó con los acentos sepulcrales que habia empleado algunos momentos ántes... ¡No! Era yo demasiado despreciable para semejante cosa. Una gala miéntras duró la ilusion, pero un trapo cuando se acabó... Ha sido horrible lo que conmigo se ha hecho, y no admite ni olvido ni perdon. No me hable V. de templanza, de clemencia ó caridad. Son palabras perdidas que ningun efecto me hacen y es inútil emplearlas.

—Gabriel y sólo Gabriel, pensó entre sí el comerciante. No hay cuerda sensible en su desesperado corazon. No hay otro eco que responda en su lacerada alma. No hay otro medio de atacarla más que por Gabriel.

Era temprano todavía para emplear otros recursos: era temprano todavía para pre-

sentar ideas jamás conocidas, ó tal vez hacia mucho tiempo olvidadas.

Era temprano todavía para arriesgarse á perderlo todo; y atento D. German á su noble objeto caminaba con piés de plomo.

—Lo que de V. he recibido esta noche, habia continuado diciendo Mercedes, jamás se borrará de mi memoria. Grabada en mi corazón la tierna consideracion que tan al alma me llegó, inextinguible será su recuerdo; por que, añadió pasándose la mano por la frente como para refrescar sus pensamientos, desde el momento de sentir su brazo protector alrededor de mis hombros, y mi pobre cabeza apoyada sobre su pecho, una mudanza se efectuó en mi que cambió completamente mis intentos.

D. German la comprendió y no quiso desperdiciar la ocasion de vigorizar su misericordiosa intervencion.

—¿Y ha pensado V. bien, dijo, en la locura de semejante acto? ¿Ha reflexionado usted bien en la iniquidad de su proceder respecto á Gabriel, si tan audaz atentado se hubiera llevado á efecto? Harto desgraciado le ha hecho V. ya, y fuera el acto más grande de criminalidad aumentar sus desventuras.

¿Qué importa que se halle ausente? Su corazón no se separa de aquí. ¿Qué importa que sus ojos no la vieran á V. muerta? ¿No sería bastante que lo supiese á su regreso?

Mercedes se cubrió el rostro con ambas manos, y lloró por algunos momentos en silencio.

D. German dejó caer una de sus manos sobre la inclinada cabeza.

—Dios la consuele, pobre criatura, dijo profundamente conmovido. Dios le abra el corazón y derrame en él el bálsamo de su misericordia.

Mercedes se llevó la mano que D. German tenía libre á sus ardientes lábios, é imprimió en ella el ósculo más fervoroso que fué jamás impreso en mano humana.

—No lo volveré hacer más, prorumpió en medio de sus sollozos. No volveré á pensar en semejante locura. Pensaré en Gabriel y en su corazón que no se separa de aquí aunque él navegue; y me acordaré sobre todo de lo que me ha hecho V. sentir esta noche.

—¿Me lo promete V. por lo más sagrado? preguntó el comerciante.

—Se lo juro á V. por el nombre de Gabriel, fué la contestación.

D. German se dió por satisfecho.

Avanzada ya la hora, y conseguido por el comerciante el objeto principal que le habia inducido á entrar en la casa de Mercedes, juzgó ya oportuno terminar la visita, inaugurada bajo tan extraños auspicios y críticas circunstancias, productoras de sentimientos que hubieran tal vez ocupado años en formarse; pero que merced á estos auspicios y circunstancias adquirieron la propia madurez, que en otras circunstancias no hubiera podido obtenerse.

Se despidió con la mayor afectuosidad de su nueva conocida, ofreciéndole repetir la visita cuando sus ocupaciones se lo permitieran; y vivamente remunerados sus afanes de aquella noche, y su bien empleado interés con las sinceras y expresivas manifestaciones de reconocimiento de Mercedes, se separó de ella tan satisfecho de sí, que á pesar de lo mucho que preocupaba su mente la triste historia de esta desgraciada mujer, fué cantando hasta llegar á su casa, y no cesó en sus gorjeos durante el camino hasta encontrarse con Antonio Rosales, que sentado en el banco de la paciencia en el escritorio, no habia encontrado ánimo para retirarse á su

la casa hasta ver lallegada de su principal.

Mas rozagante que nunca deslumbró á su comensal con el esplendor de su presencia; y perfectamente tranquilo el espíritu de este humilde servidor, respecto á los horrores del reumatismo, al verle comparecer tan alegre y contento, se permitió una tímida sonrisa en sus delgados lábios, y un lento restregon de manos, indicativo de su extrema satisfaccion, en tanto que D. German incontinenti le referia ántes de quitarse sombrero y baston, su aventura y el dichoso resultado de su misericordiosa intervencion.

## CAPÍTULO V.

---

La nueva série de pensamientos despertados en la mente de Isabel por el lenguaje amenazador de Francisco Cadenas en la noche que por segunda vez derramó en su puro oído el desbordado torrente de su pasión, había venido á aumentar el aparato formidable de imágenes atormentadoras que aguijoneaban de continuo su ya tan taladrado corazón.

Había prometido el cajero la más cumplida venganza: grande, constante y empeñada igual en constancia, grandeza y empeño al despreciado amor; semejante en la esencia á aquel sofisticado, pero tan espantoso ejemplo del conde Hermann del Tirol; había jurado inte-

riormente, se conocia por el tenor de su lenguaje (ya que no le era posible conseguir sus detestables fines), amargar por completo la vida de la que tan tenaz resistencia le oponia... habia, peor que todo, lanzado una terrible sospecha que estremecia á Isabel cual ningun otro pensamiento, y que como un fantasma la seguia por donde quiera, cercándola implacable de los más grandes terrores, convirtiéndose en el Euménides de sus pensamientos.

Habian trascurrido algunos dias desde la escena ocurrida en el departamento de los niños, y aunque el verdugo y su víctima se habian visto repetidas veces, ningun incidente notable habia aún ocurrido que realizase por entero los temores de Isabel.

Fuese porque las circunstancias no lo habian dado de sí, fuese porque Francisco esperaba el tiempo y preparaba entretanto con descanso los materiales para su obra, lo cierto es que si bien la apariencia de tréguas no habia en nada contribuido á tranquilizar el espíritu alarmado de la jóven, le concedia no obstante aumento de fuerzas para soportar lo que más tarde ó más temprano le habria de sobrevenir.

Francisco no era hombre que fácilmente se desviaba de sus propósitos: Francisco no

era hombre para dejar sin vengar las ofensas de su amor propio; y el tiempo mismo que se tomaba para ello servía para hacer creer los recelos de Isabel.

Premeditada y deliberadamente estudiaba su propuesta venganza; ántes de lanzar sus furoros observaba Francisco lo que á su alrededor ocurría, abarcando en su estudiado exámen, áun las más minuciosas circunstancias de la vida de su víctima, y lleno de los resortes más sensibles de su corazón, sobre ellos se proponía fijar el campo de sus operaciones.

Observaba sus acciones, sus sensaciones, sus movimientos, las espresiones de su semblante, sus más insignificantes gestos, y casi domiciliado (como ya se sabe) en la propia mansion que ella, constantemente en su presencia, ni el más leve incidente de aquella expiada vida lograba escaparse á su vigilancia.

Esquivo sin embargo en la apariencia, y lleno de deferencia y respeto en su porte exterior, difícil hubiera sido traslucir la vibra anidada en su pecho, á quien no le hubiera conocido.

Era un espionaje horrible, empleado de la manera más infatigable é irresistible, al

cual hubiera sido inútil oponer cualquier género de evasión.

Oculto, disimulado, fuera del alcance de los indiferentes: más todavía: encubierto bajo el manto del proceder mejor estudiado, imposible hubiera sido á Isabel, aun cuando lo hubiera querido, hacer conocer á los demás la persecucion de que era objeto.

¿Donde estaban las pruebas de semejante cosa?

La mirada incesante, la constante atencion de aquellos ojos traidores, cuyo oblicuo modo de fijarse solo á ella le era dado comprender por la sensacion que le producian, hubieran sido los únicos argumentos de Isabel; pero los hubiera empleado en balde para demostrar sus aseveraciones.

Cierto es que para el efecto (si tal hubiese ideado) necesario hubiera sido revelar por entero la historia de la persecucion á que estaba sometida; cierto es que toda ella hubiera sido necesaria para hacer comprender los recelos que jamás la abandonaban; pero Isabel no daba acogida á la idea de participar sus secretos á nadie.

Sola habia emprendido la lucha, sola la sostendria, y sola pereceria ó triunfaria.

Para ella no habia en el mundo corazon en quien depositar la relacion de sus duras pruebas: para ella no habia en la tierra pecho amigo en quien confiar y á quien pedir el consuelo del consejo, ó el bálsamo de la simpatía.

Su padre pudiera haber sido en otras circunstancias su mejor y más interesado confidente, el más bueno y discreto compañero, el más afectuoso y el más simpático amigo; pero en las actuales nada hubiera conseguido más que acibarar su existencia.

Dichosa esta aún en medio de las contien-  
das que tan de continuo la agitaban, y dichosa aparte de los goces materiales, muy especialmente por creer con la fé más íntima en la felicidad de su hija (la felicidad comprada por amor de él con el más grande de los sacrificios), por nada en el mundo hubiera querido esta hija descorrer el velo de su ilusion.

Vedado, pues, el consuelo, el refugio y el apoyo del amor paterno, hubiera podido Isabel volver los ojos á su marido: al protector natural de su inexperta juventud, al destinado compañero de su vida, cuyo fuerte amparo hubiera sido el medio de librarla de todo.

Pero ¿dónde encontrar una cuerda sensible en aquel corazón de piedra?

¿Dónde hallar un eco que respondiera al más sencillo de sus sentimientos?

Una vez lo intentó su noble corazón: una vez ideó despertar algún dormido sentimiento en aquella invulnerable naturaleza, y puesta de hinojos á sus piés, con el espíritu elevado dispuesto á hacer la más amplia confesion de sus tentaciones, á implorar la proteccion que tan necesaria la era, y sellar con la confianza de sus yerros la union tan desigual!... pero rechazada duramente, desviada de su propósito, y replegado más que nunca desde entónces su corazón, inútil hubiera sido una segunda tentativa, doblemente inútil tratándose de Francisco Cadenas.

Siendo pues inútil toda declaracion, y estando además Isabel persuadida de ser vencida por su poderoso enemigo, de aumentar sus sufrimientos, rechazaba toda idea que no fuera la de callar.

Sola sabria defenderse; sola sabria hacer frente á su contrario; y si la suerte lo queria, sola pereceria en la lucha.

Dios seria su amparo: Dios á quien jamás habia olvidado durante el curso de su vida, y

en cuya misericordiosa proteccion cifraba de continuo su esperanza.

Circumspecta no obstante como nunca en su conducta desde que el lenguaje amenazador del cajero despertó sus temores, el terror de proporcionar el más leve pábulo á sus malignas sospechas, la cohibia en la ejecucion de los actos más sencillos de su vida.

Y sobre todo, cuidadosa de eludir la vigilancia de aquellos ojos suspicaces en las ocasiones en que por un extraño acaso, fueran bastantes un leve sonrojo, un gesto inevitable ó una palabra de ambiguo sentido para la profunda y extraordinaria penetracion de Cadenas, tan aguzada por el espíritu de la venganza, raras eran ya las veces en que se permitia alimentar la suplicada y autorizada amistad, formada sobre las bases cubiertas, pero no destruidas, del sofocado amor.

Gonzalo notó la variacion...: Gonzalo, que ántes que perderlo todo se habia resignado al pobre resarcimiento de la amistad por el rico don del amor, y que fiel á su sacrificio, perseveraba constante en él, observó con anticipacion el cambio tan de repente verificado, y lo sintió casi con igual fuerza que habia sentido el desengaño de su amor.

Las continuas conferencias referentes á Elena, los consejos amistosos y el incesante interés manifestado de tan diversas maneras, padecieron una visible alteracion que era precisa para la seguridad de Isabel; pero cuyas causas en balde trataba Gonzalo de sondear.

Su buen ángel se habia cansado de protegerle ó no le hallaba ya digno de merecer su interés; desistia de sus empeños porque le consideraba ya seguro ó le era indiferente cuanto á él le pertenecia.

Y aún no estaba el sacrificio consumado; y más que nunca se hacia penosa su consumacion, amortiguado el sentimiento de la compasion que habia movido á Gonzalo en su principio, y despertado su sentimiento más poderoso.

El peligro inminente de la vida de Elena habia cesado; su frágil existencia habia vuelto á su curso natural, y desimpresionado ya Gonzalo, no habia dejado un momento de contemplar su suerte futura, con el prisma mismo con que la contempló en aquella ocasion en que por primera vez acometió su mente el pensamiento de su poca analogia con Elena y el sacrificio que en esta union

hacia de todas las aspiraciones y tendencias de su privilegiado entendimiento y elevado carácter. Tenía, es verdad, para combatir altos pensamientos, su razón y su corazón excelente, pero faltándole el estímulo principal para perseverar en su obra, aún cuando ninguna señal exterior revelaba el desaliento de su espíritu, la más profunda indiferencia reemplazó á la fuerza del estímulo, y la más invencible melancolía se apoderó de su ser.

Días hacia que duraba esto: el sistema riguroso de Isabel y su excesiva cautela burlaban por completo el astuto espionaje del cajero; Gonzalo por su parte sin atreverse á pedir explicaciones del extraño cambio, se entregaba triste á su destino, como el que se lanza en medio de una corriente impetuosa, y seguro de que ningún esfuerzo le habrá de salvar, pasivo se entrega á la suerte: por lo demás ningún incidente notable ocurrió excepto los perpétuos altercados entre el suegro y el yerno, que se arreglaban unas veces por la prudencia de Isabel, otras por la mediación de alguna casualidad, porque no se hacía ya notar entre ellos la intervención de Cadenas.

Implacable y tenaz, sin que sentimiento alguno humano le hiciera desistir de su propósito desde el momento de ver burlada su esperanza, no solo dejó de emplear su provechoso influjo, sino que impasible presenciaba las escenas desagradables que tan eficazmente cortaba en otro tiempo, mofándose cruel de los sufrimientos que ocasionaban y gozándose sin misericordia en las torturas, que una palabra suya hubiera podido evitar.

Era terrible esto para la jóven.

Era horrible sentir sobre sí, en medio de sus demás padecimientos, aquella miraca desapiadada, aquella risa burlona, y no poder libertarse de su espantosa fascinacion.

Era horroroso pensar que esto no era más que el preludio de lo que aun la esperaba; era horrible sobre todo sentirse supeditada por completo á este implacable vengador, y no hallar freno que oponer á sus malvados intentos.

Habia empleado una ó dos veces, aunque de un modo indirecto, las armas de conciliacion, manifestándose dispuesta á olvidar lo pasado, con el fin de calmar á su enfurecido enemigo; pero rechazadas estas apariencias amistosas, no le quedaba recurso alguno mas

que en su propia fuerza y la intervencion de la Providencia.

Querer es poder, habia dicho su esforzado corazon cuando llegó á amar, y quiso arrancar de sí la crimiual pasion.

Querer es poder, dijo igualmente su valeroso espíritu al sentirse débil y amedrantado ante el influjo de su verdugo; y de querer ser fuerte, en fuerte se convirtió para la emprendida lucha.

No obstante todo esto, no habia estado Isabel; á pesar de su retraimiento, ociosa en lo relativo al enlace de Gonzalo, para el que no faltaba mas que el consentimiento de don Alvaro.

Ineficaces hasta aquí sus gestiones, aumentada la tenacidad del orgulloso Montoya á medida que veia crecida su importacia, empezaba á decaer de tal modo la confianza de Isabel, que se encontraba dispuesta á emplear su intervencion de distinto modo.

Sola una mañana temprano en su tocador pensaba en esto, y tomando vuelo su imaginacion, presentóle la idea de consumir cuanto ántes la emprendida obra.

Más que nunca era preciso llevarla á cabo.

Más que nunca era preciso dar un golpe grande, comprobante de su inocencia.

Harto habia comprendido el verdadero sentido, y era necesario contrarestar por todos los medios posibles la arriesgada sospecha del vengativo Francisco.

Su corazon se lo decia en esta mañana, y su corazon tan leal jamás le habia hablado en balde.

—No debo perder tiempo, decia entre sí. Las circunstancias exigen accion. Si Alvaro persiste aún; si es inútil toda insistencia por mi parte para vencer su obstinacion, no hay otro remedio que acogerse al último recurso. Perdida completamente para Gonzalo, cuanto ántes me separe el lazo indisoluble que le habrá de unir á Elena, tanto mejor. ¡Cumpla mi empeñada palabra, salvo la vida de esa pobre niña, el corazon de su madre, el honor de Gonzalo, y... el mio! añadió ruborizándose. Me pongo á cubierto de toda sospecha injuriosa; y para la temible venganza de mi enfurecido enemigo. Mi propio corazon no entra para nada, en ello, prosiguió diciendolo. Mi propio corazon ha sido ahogado bajo el cúmulo de sus tremendas pruebas, y ya ni siquiera sabe latir... Yo, formada para que-

rer, como la que más en el mundo; yo nacida con corazón ardiente, lleno de fuego y energía... y ser tal el sacrificio que me he impuesto!... ¡Pobre juventud tan castigada! ¡Pobre verjel de la vida tan temprano asolado! ¡Pobres ilusiones tan pronto desechas!

Isabel suspiró profundamente, y se quedó por algunos momentos sumergida en la más honda abstraccion; pero reponiéndose de nuevo volvieron á girar sus pensamientos sobre el asunto de Gonzalo.

—Es un deber sagrado el que me toca cumplir, dijo. Mi virtud así lo exige; la seguridad de Gonzalo; la vida de una criatura desgraciada; y todo género de consideraciones. ¡Ay! exclamó interrumpiendo el curso de sus reflexiones, si Gonzalo no me hubiese visto jamás, la más leve insinuacion hubiera bastado para conceder su amor por entero á la pobre Elena... Toda la culpa es pues mia de cuanto sucede, y á mi sola me compete el remediarlo. Dios me dé la fuerza necesaria para consumir mi comenzada obra y perseverar constante en mi propuesto fin.

El ruido de pasos la distrajo de su meditacion.

Volvió la cabeza en direccion de la puer-

ta, y se encontró á su vez con su marido.

No habia podido aparecer en momento más oportuno, ni se detuvo Isabel un instante en seguir el impulso de su corazón.

—Alvaro, dijo, apenas recayó su vista en Montoya, tengo que hablar contigo...

—Por consiguiente, contestó el consorte, no pude haber llegado en momento más á propósito.

—Siéntate

Montoya lo hizo, y levantándose al propio tiempo Isabel de la silla que ocupaba, se reunió con él en el sofá de badana.

—¿Te acuerdas Alvaro, exclamó enseguida, de lo que te he dicho otras veces, respecto á tu sobrino Gonzalo?

Montoya recapacitó un momento.

—Ya, ya, exclamó. Ya te entiendo. ¿Y te acuerdas de lo que siempre te he contestado?

—Pero podias haber variado de opinion.

—¡Variar de opinion! repitió el marido con la mayor indignacion. Debias ya conocerme lo bastante para no suponer semejante cosa. Firme como una roca. Isabel, sábete que lo que sostengo hoy, lo sostengo mañana y lo sostendré con igual firmeza hasta el fin de mi vida. Y sábete, habia continuado di-

ciendo, que ineficaz todo género de instancia por tu parte para conseguir mi consentimiento al descabellado propósito de Gonzalo, no solo te repito lo que ya te he dicho ántes, sino que de aquí en adelante te prohibo tocar el asunto. Mi sobrino debe someterse á mis disposiciones, ó tomar sobre sí las consecuencias de su desobediencia. ¡Quién diablos le ha metido en la cabeza semejante idea! Casarse á los veinte años! ¿Se ha visto en la vida semejante locura? Dirá que está enamorado; que la muchacha le quiere; que se va á morir sino se casa con ella, y otras tonterias por el estilo. Necedades: pocas necedades. ¿Por qué diablos se ha enamorado? ¿Qué derecho tiene á enamorarse un chiquillo que no tiene con qué casarse?

Isabel hubiera alegado las razones propias del caso: el amor de Elena, el estado delicado de su salud, el afecto de su madre, la nobleza de Gonzalo, las consideraciones de la gratitud, de la misma humanidad; pero íntimamente persuadida de la ineficacia de semejantes razones para contrabalancear la tenacidad de opinion de su marido, se guardó bien de hablar.

—La juventud, prosiguió diciendo Monto-

ya, la edad del trabajo, la edad de fundar los cimientos del porvenir del hombre, sacrificarla de tal suerte á los cargos de familia, y á las infinitas molestias del matrimonio! Que no lo piense Gonzalo. Que se distraiga de semejante pensamiento, y lo deje para más adelante. Para cuando yo lo he hecho, añadió con el tono magistral, que de vez en cuando usaba. Harto tiempo le queda, y no hay por qué apresurarse.

—¿No hay apelacion? preguntó Isabel.

—Ninguna. Tal cual te la he expresado repetidas veces, es mi resolucion definitiva, contestó D. Alvaro, y te prevengo que nada habrán de conseguir tus instancias en el asunto. Gonzalo no se casa; ó si á ello se atreve, para siempre se acaba todo entre nosotros. Y lo que digo lo cumplo: bien lo sabes, Isabel.

La jó ven inclinó la cabeza.

D. Alvaro se levantó del sofá y dió algunos pasos en direccion á la puerta; pero ocurriéndosele algo de nuevo tornó á su asiento.

—Una palabra más, dijo, mirando á su mujer con una fijeza. Te he dicho repetidas veces que lo que me incomoda es la gran oposicion que con tanta frecuencia presentas á mis opiniones ó determinaciones; y te

aviso, por última vez, que no lo tolero más.

—¡Yo, Alvaro, yo! tartamudeó Isabel. Si te incomoda el interés que me atrevo algunas veces á manifestar...

—¡El interés! interrumpió Montoya bruscamente. La contradicción á mis opiniones ó resoluciones; eso es lo que quiero decir. ¡El interés! Bah, bah. ¿Qué entiendes tu de eso ni yo tampoco?

—Trato de darte gusto en todo, balbuceó otra vez la jóven; y si alguna vez hay disidencia entre nosotros, es bien á pesar mio, y solo porque creo...

—Bien á pesar tuyo, y sólo porque crees... repitió el marido. No me vengas con esas. No lo hagas y déjate de lo demás. Ya era tiempo de que me conocieras y de que comprendieras el modo de tratarme; pero puesto que no es así procura estudiarlo.

—En los primeros dias de nuestro casamiento, interrumpió Isabel, no me hablabas de ese modo. Muy al contrario...

—Era, interrumpió Montoya, porque entónces aprendiste lo que después has olvidado.

—¡Alvaro, Alvaro, si me quisieras comprender! exclamó Isabel clavando sus her-

mosos ojos en el duro semblante de su marido, y elevando al propio tiempo las manos hácia él.

Montoya se encogió de hombros; y ántes aún que hubiera depuesto la jóven la expresion suplicante de su rostro, se alejó del tocador huyendo, como siempre le sucedia, de todo lo que pudiera aún á cien leguas de distancia tener la más leve analogía con el sentimiento,

Isabel vió que era imposible obtener el deseado consentimiento, y de una vez se decidió á emplear otro recurso.

Meditó largo tiempo sobre el asunto, pesó con madurez el pró y el contra y adoptó finalmente su irrevocable resolución.

Comunicaria á Gonzalo la total ineficacia de sus instancias, y emplearia su influjo para inducirle á adoptar el único medio en tan apuradas circunstancias; y aunque culpable tal vez en esto, culpable respecto á su marido, en inducir á su sobrino á la desobediencia, la accion era tan virtuosa en sí misma que no podia causar el menor remordimiento.

El tiempo podia conceder más tarde la autorizacion para divulgarlo, pero hasta entónces, oculto con el mayor sigilo, ningun

impedimento retraía de zanjar con un casamiento secreto las dificultades complicadas de la situación.

Tales fueron los pensamientos de Isabel después que se hubo alejado su marido de su presencia; los momentos que la separaban de su realización se le hacían siglos interminables.

Obligada, no obstante, por las exigencias de la cautela á precaver la vigilancia del Argos, cuyos ojos jamás abandonaban su espionaje, dejó á la casualidad la designación del momento más oportuno.

La casualidad, la oculta Providencia, el eje invisible de los acontecimientos humanos, cuya misericordiosa intervencion corta con tan harta frecuencia el nudo gordiano; y que interponiéndose favorablemente en esta ocasión de la vida de Isabel, como suele tan á menudo hacerlo en la de los demás mortales, le ofreció en aquel mismo día que corría (se me había olvidado decir que era domingo) el consuelo apetecido, en medio de las torturas que acribillaban su sacrificado corazón.

## CAPÍTULO VI.

---

En el principio de su casamiento habia sido siempre el domingo un dia esperado por Isabel con el más vivo interés; destinado este dia invariablemente al solaz de su familia, ya en paseos ó excursiones de una ó de otra clase en la compañía de ella; pero trastornado por completo el órden de su vida desde que el espíritu maléfico de Francisco Cadenas trabajaba en contra suya, juntamente con los demás recreos le habia sido robado éste; imposibilitada, como ya se sabe, de entregarse con abandono á ninguno de los sentimientos del corazon.

Indiferente ya, pues, á la llegada del domingo, se proponia pasarlo con la propia

monotonía que acostumbraba pasar los demás días de la semana, cuando quiso la casualidad concederle, sino un alegre cambio de perspectiva, á lo menos tréguas al azoramiento de su espíritu.

Un negocio urgente de su principal llevó al cajero aquella mañana al Puerto de Santa María, y feliz Isabel con tan inesperada y bienaventurada ausencia: se propuso no desperdiciar la ocasion tan prestamente ofrecida, y aprovechar cuanto ántes los favores de la casualidad.

Temprano aún, y segura contra toda interrupcion por parte de Montoya, que á pesar de ser domingo se entregaba por variar á las inexhaustas delicias de su escritorio, no bien se hubo informado de la partida de Cadenas, procedió á desempeñar su mision respecto á Gonzalo.

Días hacia que apenas habia cruzado la palabra con él, y que una montaña de nieve parecia haberse interpuesto entre los dos, y durante este tiempo, como creo haber dicho en otro lugar, la más profunda melancolía predominaba en el espíritu del jóven, y el mayor desaliento reemplazaba el lugar ocupado ántes por el estímulo.

Nada preparado por consiguiente en la mañana á que me refiero para lo que Isabel le destinaba, al recibir un mensaje de ella solicitando cuanto ántes su presencia, apenas podia creer lo que escuchaba.

Pero, sin embargo, vistiéndose diligente, sin detenerse un momento, ni áun para entregarse á las cabilaciones naturales de su mente, se dirigió presuroso al gabinete donde sabia que habria de encontrarla.

Sentada Isabel en el sitio mismo donde recordaba Gonzalo haberla visto la primera noche que habló á solas con ella, los recuerdos de entónces hicieron latir su corazon con violencia al vislumbrar la tranquila figura, plácida, esperándole, con los ojos puros, fijos en la puerta, y la serenidad que nunca la abandonaba, predominando en toda su actitud.

Recuérdese que era domingo.

Pensaba Isabel en aquel momento en el Evangelio del dia, segun San Mateo, cap. 16, versos 24, 25, etc., que empieza así :

«En aquel tiempo; dijo Jesús á sus discipulos:—Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, y tome su cruz y sígame. Porque el que quiere salvar su vida la pierde, y el que la pierde por mí la salva, etc.,

etcetera.» cuyo texto, análogo á las propias circunstancias de la jóven, se habia fijado profundamente en su pensamiento, y le sugeria aumento de fé y constancia para perseverar en su abnegacion.

Gonzalo la contempló un momento sin hablar, y la encontró tan en extremo impasible, que le enojó su apariencia.

No era esto por cierto lo que esperaba después de la frialdad creada entre los dos; pero disimulando como mejor pudo su sentimiento, penetró en la habitacion, y le dirigió un saludo amistoso.

Isabel por toda respuesta le alargó una mano, que el jóven apenas se atrevió á tocar con los dedos.

Hubo tal cordialidad en esta accion, tal naturalidad y afecto en el modo de ofrecer esta mano de amiga, que Gonzalo se repuso al instante de su primera impresion.

—Mucha extrañeza le habrá causado á usted esta llamada, fueron las primeras palabras de Isabel apenas se hubo sentado Gonzalo en el propio sitio que ocupó en la ocasion tan bien recordada de su primera conversacion con ella; y más áun le causará el conocer su motivo.

—No hay motivo por extraño que sea, fué la contestacion del jóven, que supere al efecto comunicado por esta inesperada llamada. Nada preparado para ella, apenas creia lo que mis oidos oian al recibir el mensaje; y apenas creo todavía que se ha ocupado V. de mi.

Isabel comprendió el sentido de estas palabras.

Eran las justas quejas del cambio en su conducta, que hacinadas hasta el colmo en el corazon de Gonzalo, se vertian ahora á la primera ocasion que se ofrecia.

Un vivo sonrojo cubrió sus mejillas, y los puros y serenos ojos, á pesar suyo, fueron velados por las espesas pestañas.

«El que quiere venir en pos de mí niéguese á sí mismo, tome su cruz, y sígame. Porque el que quiere salvar su vida la pierde, y el que la pierde por mí la hallará.»

El Evangelio del dia sonó de nuevo en los oidos de Isabel; y su esforzado espíritu obedecia á la indicacion.

Hubiérase podido disculpar á los ojos de su acusador; hubiera podido limpiarse de toda sospecha injusta con sólo una palabra de aclaracion; hubiérase podido salvar tal vez de la espada amenazadora que sobre su cabe-

za pendia, divulgando una parte minima del anatema sobre ella lanzado; pero la voz del Evangelio hubiera sido entónces mal entendida y la cruz sólo á medias llevada.

Cristo la llevó por entero sin una queja, y como Cristo la llevó la debia llevar ella.

Callada pues y resignada, sin una palabra de explicacion, soportó el pensamiento apenas articulado todavia de Gonzalo, pero sin embargo, tan perfectamente entendido; y muda aún, pero ya con el rostro sereno y los puros ojos fijos en su compañero; escuchó el resto de su discurso.

—Aunque no tengo derecho para solicitar el interés que tan grato me era en un tiempo, Isabel, habia continuado diciendo el jóven, no me tache V. si los echo de ménos. Sé bien, repitió, que dueña V. misma de retirar ó conceder el don de su amistad, fuera una exigencia ridícula en mí el reclamarla; pero piense V. un momento en las circunstancias que me rodean, y merced á ellas, dispénseme esta expansion que no he podido contener.

Más templado después de descargado el peso que oprimia su corazon, permaneció Gonzalo por algunos segundos silencioso, con la vista fija en Isabel esperando su contestacion.

En breve la melodiosa voz tranquila é inalterable, como la figura misma, rompió el corto silencio y de esta suerte se expresó:

—Ha dudado V. de mi amistad, ha desconfiado de los sentimientos que ninguna variacion han padecido, y el lenguaje en que se ha expresado, encierra quejas contra faltas, de que me creo inocente.

Esto no mas le permitia decir su delicadeza, esto no mas le era dado confesar, y esto ó nada debia bastarle á su acusador.

Gonzalo la miró con tristeza.

Le habia faltado en la otorgada promesa de la constante amistad: le habia faltado en el único consuelo concedido á su corazon, y no lo conocia...

—En el alma siento, Gonzalo, prosiguió diciendo Isabel, esta triste desconfianza, y más aun en los momentos en que el propio interés de que se duda es el que me ha movido á solicitar esta entrevista.

—Isabel, Isabel, prorumpió Gonzalo, con un ímpetu imposible de reprimir, que yo crea que me he engañado, y que no le soy indiferente.

Isabel se estremeció y separó la vista de él.

«El que quiere seguirme que se niegue á

si mismo, y tome su cruz y me siga. Porque el que quiere salvar su vida, la pierde; y el que la pierde por mí, la salva.»

El Evangelio del día volvió de nuevo á la mente de la jóven, y asiendo valerosa otra vez su cruz, no solo serena sino risueña, se mostró bajo la pesada carga.

—Tengo malas noticias que dar á V. sobre cierto asunto, dijo separándose por completo de las sensaciones producidas por el arranque de su compañero y entrando de una vez en la materia productora de la entrevista, y me propongo, añadió, ayudarle á V. en una calaverada que habremos de arreglar.

Gonzalo no pudo contener un casi imperceptible encogimiento de hombros.

Isabel le miró como reconviéndole; pero sin atreverse á dar articulacion á sus pensamientos.

El jóven no necesitaba palabras en ninguna ocasion para entenderla.

—Comprendo lo que pasa por la imaginacion de V., dijo, y lo comprendo bastante para saber que me condena en este momento de la manera más desapiadada.

Isabel le contestó afirmativamente con la espresion de su semblante.

—Pero no soy tan culpable como V. me cree, continuó diciendo Gonzalo: tal vez de lo que por mí ha pasado en estos últimos dias no sea yo el único responsable.

Isabel se hizo la desentendida.

—Montoya, dijo, rehusando firme todo género de asentimiento, y más que nunca aferado á su opinion, nos obliga, amigo mio, á adoptar el único recurso posible en circunstancias tan apuradas.

—Un casamiento secreto, exclamó Gonzalo, en respuesta. ¿Este es el consejo de V.? dijo enseguida.

—El de la mejor amiga que tiene V. en el mundo, contestó Isabel. El consejo de la que ha examinado despacio todas las fases de la situacion de V., y de los diversos sentimientos interesados en la cuestion, y que cree zanjarlo todo con esta acertada medida.

Gonzalo meditó un momento.

Sus facciones se alteraron, pero una reaccion se apoderó de él que prometia los resultados más felices.

—Yo no sé, dijo, qué género de influencia ejerce V. sobre mí, que soy otro en su presencia de lo que fuera de ella. Por eso he echado tanto de menos lo que tan apreciable

me es, y le pido por lo que más ame en el mundo no me rehuse jamás el consuelo de su interés. Débil, desalentado y falto de algun objeto que me mueva sin la luz de su amistad tan apreciada, de ese consejo y estímulo tan necesarios, de nada soy capaz ni respondo de lo que pueda hacer.

Los puros ojos le miraron con afecto fraternal, y los de Gonzalo se humedecieron tanto que continuó hablando con el mayor fervor.

—Algo me falta, dijo, que debia tener, y que sólo V. me lo sabe otorgar.

—¿Y qué es? preguntó Isabel casi en broma.

—No lo sé. No me puedo explicar. Me siento, continuó, como aburrido, hastiado, hasta hipocondriaco; y apenas la veo á usted y la escucho, se labra un cambio en mi, y soy otro!... ¿En qué consiste esto Isabel? ¿Qué magia ejerce V. sobre mí, en medio, dijo para sí, de otro sentimiento más egoista que yace aislado y pisoteado, bajo secreto tan indefinible?

Isabel le volvió á mirar con tal expresion en su semblante, tan celestial, que Gonzalo tuvo que contenerse para no caer de rodillas á sus piés.

—No me abandone V., dijo con creciente fervor. No desista V. de su comenzada obra. Déjeme V. pensar que la desconfianza que tan infeliz me ha hecho, no ha sido otra cosa mas que una vision de mi acalorada mente; y que en V. no ha habido variacion, ni la puede haber jamás.

Los puros ojos apoyaron estas palabras, y una suave mano fué alargada al conmovido jóven que se la llevó con respeto á los lábios.

—Dios bendiga á V., Isabel, exclamó profundamente afectado; y faltándole la voz se cubrió el rostro con las manos para ocultar sus lágrimas.

Cualesquiera que fueran las causas de las peripecias de Gonzalo, y cualquiera que fuera el móvil verdadero de su corazon y fervorosa conmocion sobre todo otro sentimiento, prevalecia el influjo benéfico de Isabel, calmando toda pasion egoista: la plácida expresion de su semblante, la pureza de sus ojos, la inalterable compostura de su actitud, y la tranquila voz que tan sagrada la hacian.

Favorables, pues, como ningunas, las circunstancias presentes para el objeto de Isabel, con la propia serenidad que desplegara

desde el principio de la conversacion, y con el afecto de una hermana, procedió sin tardanza á referir la historia de sus ineficaces gestiones, y á disponer á Gonzalo para adoptar el único medio que como eficaz habia escogitado.

—Romper con Montoya, Gonzalo, decia en conclusion mirando por los intereses del jóven como pudiera por los de su propio hermano, seria la más grande locura, y no habia yo de ser por cierto quien por ningun motivo lo autorizase. Es preciso tener en cuenta mil consideraciones dignas de ser respetadas, aparte de las del interés propio, que no hay que mirar con desprecio. Hollamos, es verdad, prosiguió diciendo con los mismos acentos fraternales, una confianza sagrada que lo mismo V. que yo deberíamos acatar; pero las circunstancias así lo quieren, y el motivo que á ello nos impulsa, debilita una gran parte de la culpabilidad. ¿No es cierto amigo mio? Además, añadió como queriendo comunicar una risueña esperanza á su oyente y poner á cubierto la delicadeza de ambos, ó tal vez porque así lo pensaba, esto no debe durar mucho tiempo. Montoya habrá al fin de ablandarse, y el engaño no será al cabo

mas que de pocos meses. ¡Pobre Elena! exclamó enseguida con la mayor ternura y fijando los ojos con una espresion singular en Gonzalo—una espresion combinada de reconvenccion y súplica á cuyo mudo lenguaje era imposible fuese él indiferente. ¡Cuán digna no es de este interés!

Estas palabras y la acentuacion peculiar de ellas le llegaron á Gonzalo al corazon.

Le presentaron por primera vez aquel dia la frágil forma de su destinada esposa, revestida puramente de su doliente aspecto, su candidez é inocencia, sin mezcla de otro pensamiento que pudiera desvirtuar el efecto de esta contemplacion.

Se acordó de ella tal como se presentó á su vista en la ocasion en que, impulsado de la compasion más viva, tomó esta compasion la forma engañosa del sentimiento más íntimo.

Se acordó de ella casi moribunda, recordando la vida bajo la sombra de su fingido amor, tierna y confiada entregándose por entero á él.

Se acordó de ella, en fin, solo bajo la forma de su desgracia y frialdad, y lleno de contriccion bajó los ojos ante la mirada comprensiva de la jóven.

Isabel se aprovechó de su ventaja.

—Hablemos de ella, Gonzalo, prosiguió diciendo. De su inocente amor, tan puro y entrañable, del tiempo en que será mi sobrina, añadió en tono chancero, y me entretendré en contarle la parte tan principal que representé en el arreglo de su casamiento secreto. De los malos consejos que á su Gonzalo dí, continuó siempre risueña y placentera, cuando desesperanzado de obtener el consentimiento de su tío, le induje yo, su tia, á la desobediencia sólo por favorecer la causa romántica del amor y la juventud. Del tiempo dichoso, en que, ablandado ya Montoya (porque se habrá al fin de ablandar) será un placer para nosotros todos vivir reunidos como una sola familia, y entregarnos sin resguardo ni misterio á nuestros mútuos pensamientos de amistad. Del tiempo en que completamente fortalecida Elena, merced al cuidado de su amante esposo, apenas se acordará de que estuvo enferma, y en que concluido todo género de sinsabores, y adquirida la más perfecta felicidad, se maravillará una persona que yo conozco de que todo esto no hubiera sucedido, sin necesidad de influencia ajena y sólo á impulsos de la propia voluntad.

Vencida la debilidad de Gonzalo, y más fuertemente que nunca dominado por la plácida espresion del semblante de Isabel, contemplaba con veneracion la radiante pureza de los hermosos ojos, los tiernos acentos de la voz de hermana, y la tranquila compostura inalterable del semblante.

Su mente se entretenia entre tanto, á pesar suyo, en hacer comparaciones, y su corazon inclinado hácia Elena en los primeros momentos en que este nombre salió con tanta ternura de los puros lábios, se reveló de nuevo y latió con el egoismo de la pasion.

—¡Pobre Elena! exclamó. Con cuánta razon la compadece V., y cuán grande seria su reconocimiento si supiera todo lo que la debe!

—No hablemos de mí, interrumpió Isabel con una placentera sonrisa. Ocupémonos de ella solamente, que nada debe interesarnos tanto; y procedamos de una vez, amigo mio, á arreglar la calaverada.

—Lo que V. disponga, fué la contestacion de Gonzalo, será lo mejor; y á su discrecion me entrego. Ordene V. lo que juzgue más conveniente. Determine el tiempo, el modo y la manera de hacerlo; y todo será consumado segun V. lo determine.

Isabel tomó aliento.

La cruz le abrumaba el corazón de tal suerte, que á haberse entregado á sus sensaciones, hubiera caído sin sentido bajo su peso; pero el calvario estaba cerca, y no había que desanimarse.

El lirio blanco amaba el mes de Mayo, el mes de las flores, el mes de la Virgen, Gonzalo se lo había dicho á Isabel en alguna ocasión, y en el mes de Mayo debería efectuarse la boda.

En el mes de Mayo en que creyó la frágil niña dormir en su fría sepultura con la corona de virgen sobre su cabeza muerta, reposaría dichosa en los brazos de su marido con la corona de novia sobre su frente pura al cubrirse los árboles de hojas y las plantas de flores, para que se cumpliera el sueño de su inocente corazón.

Sería su padrino el que tan grande parte había tenido en el arreglo de su boda, el benévolo D. German del Castillo, y comunicando á él sólo el secreto de la familia, ninguno podría divulgarlo hasta hallarse autorizado para ello.

Cuál sería el placer de Isabel en presenciar la ceremonia, su contento en ser la pri-

mera á festejar á la mujer de Gonzalo, á la que ya con anticipacion amaba con el afecto más tierno, no encontraba palabras para expresar; pero Gonzalo la comprenderia, Gonzalo supliria la falta de la expresion y sabria hacer justicia á los sentimientos que la animaban.

La prudencia le prescribia por ahora la dura ley de sujetarse á su dictámen, y Gonzalo ¡quién mejor que él respetaria su proceder!

Pero iria á ver á su futura sobrina para hallarla todo lo que su imaginacion se la presentaba de bella, revestida de todos los encantos de la inocencia y á ligarse más estrechamente á ella ántes de que la boda se verificase.

En esto no podia haber falta; la prudencia de Gonzalo le ahorraria todo género de compromisos; y satisfechos por este medio los deseos de entrambas, el suyo y el del lirio blanco, de conocerse mutuamente, cumpliria con todas las prescripciones de su generoso corazon.

Gonzalo seria el anunciador de su visita: el mensajero de su interés amistoso y anticipado afecto, y nada quedaria ya por hacer.

Todo arreglado, todo convenido, nada ol-

vidado ó desatendido, era más del medio dia y aún duraba la conferencia; pero tocaba ya á su fin.

Isabel habia agotado el asunto, y las fuerzas le iban faltando.

Se mostró dispuesta á terminarla y Gonzalo se resignó á su voluntad.

—Una palabra más, Isabel, dijo, en conclusion. ¿Jamás habrá de haber alteracion en nuestra amistad? ¿Jamás habrá de sufrir lo que estos últimos dias ha padecido?

—Lo que he hecho hoy, fué la respuesta á las anteriores palabras, prueba á V. claramente cuán infundados fueron sus recelos; y por lo tanto, vea lo que viere, añadió con marcada intencion, suceda lo que sucediere, ni ha habido jamás ni puede haber nunca variacion en mis sentimientos.

—¡Cuánto debo á V., señora!... Cuán provechosa me ha sido su influencia y cuán apreciable me es su amistad, solo Dios lo sabe!... Sea cual fuere la lucha de mi alma, por V. ha sido, sino vencida, amortiguada; y si mis sentimientos se han encaminado á un buen fin, y si mi errante corazon ha entrado en la senda de donde no debió apartarse nunca, á V. sólo se lo debo. Es V. un ángel Isa-

bel, exclamó profundamente conmovido, y la bendigo con todo mi corazón.

Los puros ojos en respuesta le miraron más radiantes que nunca, y una sonrisa celestial pasó por el tranquilo semblante.

Enseguida se separaron.

Isabel se dirigió á su tocador, y Gonzalo se quedó en el gabinete meditando sobre las últimas palabras que acababan de serle dirigidas.

«Vea V. lo que viere, suceda lo que sucediere, ni ha habido jamás ni puede haber nunca alteracion en mis sentimientos.»

¿Qué significado encerraba este su lenguaje, y por qué atraía de tal suerte sus pensamientos?

¿Había sido lanzado puramente por la casualidad, ó envolvía un segundo objeto vedado por ahora á su conocimiento?

Era en balde que tratase Gonzalo de desenvolverlo; su mente se fatigaba sin adelantar camino, hasta que llamó su atención la entrada de una persona en el cuarto.

La persona no era otra que Francisco Cadenas, al parecer recién llegado, el cual le dirigió el más cordial saludo y afectuosa sonrisa (que dejó ver hasta el último de sus her-

mosos dientes), acompañados de una mirada escudriñadora y un fuerte apretón de mano.

—No esperábamos á V. tan pronto, exclamó Gonzalo.

—Ni era mi intencion volver tan temprano cuando salí esta mañana, contestó el cajero, fija siempre la vista en el jóven como tratando de leer algo en el franco semblante que por más que auguraba la vista, no le revelaba ningun secreto. ¿Has estado en casa de mi madre? preguntó enseguida sin tomar aliento.

Un casi imperceptible sonrojo cubrió el rostro de Gonzalo.

—Pensé, agregó Francisco, que acostumbrabas dedicar á tu futura los dias de fiesta por entero.

—Efectivamente, tartamudeó Gonzalo, tal ha sido mi costumbre últimamente, pero hoy...

—No creas, interrumpió Cadenas, que ha sido mi objeto pedirte cuenta de tu conducta, ni mucho ménos intervenir en negocios que no me toca arreglar. Fué una pregunta sencilla la que te dirigí sin intencion ninguna. No es mi fuerte, agregó en tono chancero, interesarme en las cosas de mi familia. ¡Ah, ah,

ah! y soltó la carcajada que tan mal efecto solia hacer.

Gonzalo le miró con invencible repugnancia.

Prevaleciendo todavía en su estado primitivo la aversion que le infundia el cajero, si bien habia llegado á tolerarle, y vivir aparentemente en la mejor armonía con él, la ocurrencia de cualquiera de estos incidentes en que sin rebozo se ofrecia á su vista el carácter desnaturalizado de su futuro hermano, despertaba de nuevo su aletargada antipatía.

Pero contenido por la prudencia, sofocó sus sentimientos y dominándose, cambió la conversacion.

Hubiera tal vez en otra ocasion comunicado al hermano de su futura el objeto de su conferencia con Isabel, y la parte tan eficaz que tomaba esta en el arreglo del proyectado enlace; pero rebelde su corazon siempre á abrirse al que con su cinismo especial lograba alejar toda expansion de la sensibilidad, todo sentimiento noble ó generoso, lo resistia mas particularmente en esta ocasion.

Gonzalo sabia que el cajero no amaba á su familia; sabia que de sus lábios no oiria mas

que menosprecios y sarcasmos, y su corazón de hijo y hermano no lo podía tolerar.

Gonzalo recordaba que una vez que de su casamiento trató, medio sondeó Francisco el estado verdadero de su corazón, y le causaba miedo semejante descubrimiento.

Gonzalo adivinaba que poco ó nada le había de importar la suerte de su hermana; y aunque él no la amaba mas que como si su hermana fuera, le dolía la indiferencia del hermano verdadero. Por cuya razón, á más de la aversión despertada en aquellos momentos, se cuidó bien de tocar el asunto separándose por completo de la cuestión, y haciendo girar la conversacion sobre las cosas más indiferentes. Pero el cajero, si bien ofrecía las contestaciones propias de la política, se veía que sus pensamientos no estaban de acuerdo con sus palabras, y que ni el tiempo ni su viaje al Puerto, ni los negocios, lograban fijar su distraida imaginacion.

Por último, y como para terminar la conversacion, indagó el paradero de D. Alvaro.

D. Alvaro se hallaba donde siempre había seguridad de encontrarle; y extrañaba Gonzalo le dirigiera Francisco semejante pregunta.

—¿Y desde cuándo está en el escritorio?

—Desde que almorzó, fué la contestacion.

Francisco volvió á mirar al jóven con la misma escudriñadora atencion con que le habia examinado á su entrada en el gabinete, y á manifestar el propio desconcierto de entónces, cual si no se hallara escrito semblante lo que esperaba leer; y deseosos ambos de separarse, sin otra palabra, salieron del cuarto: el hombre de confianza para reunirse con su principal en el escritorio, y Gonzalo para acudir á la casa de Magdalena, donde era esperado con la mayor inquietud.

Retardada su visita dos horas más que lo de costumbre, el lirio blanco, que en su impaciencia y desasosiego creyó no volverle á ver, apenas podia creer la evidencia de sus sentidos á su presentacion, y loca de júbilo se arrojó en sus brazos.

Estaba tan linda aquel dia, y fué su accion tan espontánea, tan confiada é inocente, que Gonzalo hubiera sido ménos que hombre en no corresponder á ella con la mayor ternura.

Besó la pálida frente, envolvió la frágil y diminuta forma entre sus brazos, y estrechando la inclinada cabeza sobre su pecho como pudiera un padre hacer con su hija, así,

casi en brazos, la llevó al sofá y se sentó á su lado.

—¡Cuanto has tardado! exclamó Elena. ¿Cuál ha sido la causa, Gonzalo mio? Tu nunca lo has hecho ántes, y no lo puedo aguantar.

—He tenido la mañana ocupada, hija mia, interpuso el jóven.

—¿Y las ocupaciones pueden más que tu Elena? ¿Y hay ocupaciones en el mundo primero que venirme á ver? No me lo digas, Gonzalo. Nunca lo creyera de tí. Los dias de trabajo te los paso, porque desde el principio me acostumbré; pero los dias de fiesta... no, de ninguna manera. No hay razon que me baste. Yo no entiendo de razones. Soy muy niña para eso; y quiero ser niña todos los dias de mi vida.

Gonzalo por toda respuesta la miró sonriéndose.

—¿Y te ries despues de todo? exclamó Elena fijando en él sus lánguidos ojos, como reconviniéndole.

Un beso en la enojada boca y otro en los lánguidos ojos formaron esta vez la contestacion.

—Si supieras, añadió Gonzalo, lo que mis

ocupaciones han sido, todo me lo perdonarias.

La infantil figura se volvió por entero hácia él; las diminutas manos se asieron de las suyas, y los lánguidos ojos se fijaron en su semblante llenos de interés y curiosidad.

Gonzalo refirió su historia de cómo deshauciado por Isabel aquella mañana, de conseguir por ahora el consentimiento de D. Alvaro, había tratado con él ella de los mejores medios de realizarlo á pesar del obstáculo que se presentaba; de cómo aconsejado y autorizado por ella misma para el efecto, habían dispuesto juntos un casamiento secreto; de cómo este asunto había ocupado todo su tiempo; y finalmente, de cómo Isabel, amiga y parienta, había prometido ir á ver á Elena para ligarse más estrechamente á ella, ántes que se verificase la boda.

El lirio blanco creía soñar.

—¡Isabel! ¡Isabel! ¡Cuánto amo á Isabel! fueron las primeras palabras que en su emoción articuló. Y en el mes de Mayo nos casaremos; ¿no es verdad Gonzalo? Isabel lo ha dispuesto así como yo lo quería: al cubrirse los árboles de hojas, y las plantas de flores. Dios la bendiga. Es un ángel.

Lágrimas de alegría interrumpieron su articulación, y Gonzalo la volvió á estrechar contra su pecho.

Era imposible permanecer indiferente á las pruebas sencillas y sinceras del sentimiento encerrado en este inocente corazón.

Era imposible mostrarse duro ó frío y matar desapiadadamente con la dureza ó la frialdad, un amor tan entrañable y puro.

Hubiera sido la acción de un mónstruo, y Gonzalo era incapaz de comerterla.

Cierto es que su cariño de hermano, su ternura protectora, de una naturaleza casi paternal, y los instintos de la compasión bastaban para satisfacer á la que nada conocía de las profundidades del corazón que amaba; y guiado Gonzalo invariablemente en toda ocasión de estos nobles instintos, ellos solos eran bastantes para hacerle cumplir con la inocente, cuya ignorancia del mundo, y del corazón humano, le impedía exigir mayores pruebas de correspondencia.

Los sentimientos de aquel día no podían ménos de halagar á Gonzalo, hacerle apreciar el corazón tan apegado á él; así es, que vertiendo en sus palabras y caricias la fuerza de su justa gratitud, se olvidó por algunos

momentos de que no era amor lo que por Elena sentia.

Hablaron largamente de la boda, de la parte tan interesante que habria de representar en ella el que habia hecho lo principal para arreglarla, del contento que experimentarían D. German al ser conocedor del suceso, del sigilo que deberian todos guardar, de la manera cómo deberia Elena entenderse con Isabel cuando viniera á verla para no ofender su delicadeza, en cuestion en que obraba tan en oposicion á la voluntad de su marido; en fin, de todos los incidentes y accidentes propios del caso; y las horas volaron de esta suerte hasta que la llegada de Magdalena, ya tarde de la calle, interrumpió por algunos momentos la conversacion.

Breve sin embargo esta interrupcion, y promovido de nuevo el asunto como era natural para obtener la competente autorizacion y consentimiento de la viuda, se hizo su discusion interminable.

Rígida como nadie Magdalena, y superior su rectitud de principios en medio de su ilimitado amor materno á todo otro afectos por inmenso que fuera, rehusó tenaz en un principio, género alguno de asentimiento,

juzgando ofensivo en Gonzalo desafiar de tal modo la autoridad de su tío: y resistiéndose firme por largo tiempo á toda instancia ó razon por parte de los jóvenes, cedió ante el argumento influyente de la intervencion de la propia mujer de Montoya y de la esperanza ofrecida por ésta de no hallarse muy léjos la época en que D. Alvaro habria de otorgar al fin su deseado consentimiento.

¡Ay! Si la atraccion del corazon de la mujer, sin ninguno de los golpes de la niña, no hubiera estado aquel dia en el ascendiente: si la infinita ternura del inocente corazon y la amorosa languidez de los dolientes ojos no hubieran estimulado, los esfuerzos de Gonzalo se hubiesen estrellado todos los esfuerzos ante la oposicion de su madre.

Pero revestida Elena como nunca de sus candorosos encantos, como nunca se sintió Gonzalo adherido á ella; y más dichoso de lo que lo habia sido por mucho tiempo, pasó el resto del dia con su prometida esposa, y se retiró aquella noche á su casa pensando entre sí que con la amistad de Isabel, como con un faro de esperanza ante los ojos, pudiera alcanzar todavía más difíciles victorias.

## CAPÍTULO VII.

---

Fiel á su promesa D. German del Castillo de repetir su visita á Mercedes, cuando sus ocupaciones se lo permitieran, algunas veces habia atravesado el umbral de su casa, y habia hecho lo posible por despertar en ella mejores pensamientos que los descubiertos en su primera entrevista; pero insensible invariablemente Mercedes á todo género de apelacion; cerrado su corazon por completo á la desconocida ú olvidada voz de la virtud, de la clemencia y de la caridad, inútiles habian sido hasta aquí los esfuerzos del benévolo comerciante.

Aunque aumentado el respeto que le habia inspirado su salvador; aunque adherida á él

por el sagrado lazo de la gratitud y la tolerante benignidad que toda confianza habia ganado, no por eso era Mercedes mejor.

Oscurecido su horizonte como cuando hizo D. German conocimiento con ella, y sordo como entónces su extraviado corazon á todo lo que no fuera relativo á Gabriel, eran inútiles todos los esfuerzos del comerciante.

No habia por ahora esperanza de reducir su alma descarriada.

D. German se apesadumbraba por ello; pero cifrada su esperanza en el influjo del tiempo, con paciencia lo dejaba correr, confiado en que habria al fin de conseguir la apetecida victoria.

Entretanto no abandonaba á Mercedes.

Constituido aparentemente en su protector natural, desde el momento en que la salvó al borde de un precipicio, no escusaba medio alguno de dulcificar sus pesares y hacerla la vida más llevadera.

Pródigo igualmente de los bienes materiales, como de los espirituales, y otorgados sus beneficios con la más grande é irresistible delicadeza, los lazos del reconocimiento unieron estos dos séres tan distintos.

Benigno y considerado constantemente,

y ganada por estos medios la confianza de la jóven, depositó Mercedes en él la historia de su vida entera, con todos sus más oscuros pormenores, salvo sólo la escena del brasero, cuyos horribles recuerdos servian siempre para trastornarla, y que tenaz huia de referir.

—Ni aún á Gabriel se lo he dicho, contestó una de las veces en que D. German la interrogó sobre el asunto, y á nadie se lo contaré en mi vida.

El tono resuelto que acompañó á estas palabras curaron para siempre al comerciante de su curiosidad.

Hacia ya algunos dias que no la veia D. German y fué una tarde á visitarla.

Apacible en extremo esta tarde, ni la más ligera brisa sacudia las hojas de los árboles de la alameda, ni el más leve movimiento descomponia la tranquilidad de la mar.

Reinaba un silencio profundo en derredor: el cielo, la mar, la tierra y todas las cosas creadas se entregaban al descanso, sin que otro sonido interrumpiera la quietud más que los monótonos pasos de D. German y los golpes de su baston sobre el suelo, ni poblase otro ser más que él la sosegada alameda, ex-

cepto la forma de Mercedes, que situada en un abierto balcon de su morada, solitaria se destacaba de entre las blancas casas, contemplando la mar, y tal vez (asi lo pensó el comerciante) en ella surcando la historia de su pasado.

Depuestos los colores vivos que formaban en otro tiempo su caprichoso traje, parecia estar vestida de luto.

Y en efecto, lo estaba su corazon.

Trastornado el carácter de su belleza, y desterrada por completo del semblante la picante espresion, tan notable cuando hicimos conocimiento con ella en el estudio de Francisco Cadenas, si bien igualmente borrada la amarga desesperacion impresa en él la noche en que fué salvada por la intervencion de don German, revelaba ahora propiedades bien distintas.

Una calma, sino sincera, bien aparentada, el propio fondo de audacia y resolucion siempre predominante sobre sus demás tendencias, y el movimiento rizado de sus lábios, indicativo del dominio de alguna fuerte pasion, tal era su espresion, que D. German, sin ser visto, á placer contemplaba, en tanto que se aproximaba con lentitud pensando en la difícil ta-

rea de vencer semejante naturaleza, y sobre todo la oculta pasión alimentada en su seno.

Preocupado con estas ideas, llegó á la casa; y abierta con presteza la puerta á su bien conocido campanillazo, compareció á los pocos momentos en la presencia de Mercedes.

La jóven salió del balcon para recibirle, mostrando una inusitada alegría en su ahora habitualmente sombrío semblante.

D. German conoció que tenia alguna noticia agradable que darle; y en efecto, pasadas las primeras saluciones, no tardó su sospecha en verse realizada.

—¿Sabe V., dijo, que ha llegado Gabriel?

—Cuanto me alegro. ¿Y le ha visto V.?

—Ayer tarde mismo, acabado de llegar.

¡Fué un momento dichoso aquel en que le ví entrar por mis puertas!

—¿De veras, Mercedes? interrumpió el comerciante con alegría. ¿De veras le vió usted llegar con gusto, y podremos todos esperar lo que tan deseado es?

—No me ha comprendido V., respondió Mercedes. Fué un momento dichoso, en efecto, cuando le ví entrar por mis puertas, pero, añadió con marcada intencion, no en el sentido que V. ha pensado.

D. German la miró con desconsuelo.

—Lo que soy, añadió Mercedes en tono resuelto, lo seré ya hasta el fin de mi vida; y lo que Gabriel es para mi lo debia V. ya saber. No soy mujer que fácilmente me desvio de mis resoluciones, dijo en resúmen.

Sus ojos apoyaron con tal firmeza estas palabras y el movimiento de sus lábios mostró tan evidente la asociacion de su pasion oculta con el tenor de estas últimas frases, que D. German la examinó con miedo.

Mercedes habia seguido hablando.

—Mi alegría al verle aparecer, dijo en esplikacion de sus anteriores palabras, fué porque el recuerdo de aquella noche tan espantosa en que se echó á la mar, me llenaba de los más fundados temores por su vida, y casi creia que no le habia de volver á ver, y que con él habia de perder lo único bueno que quedaba en mí. Por otra cosa, no: por ningun estilo. Pasamos reunidos una gran parte de la tarde; es decir, todo el tiempo que tuvo juicio, añadió sonriéndose; nos separamos cuando empezó á faltarle.

—El tambien, como V., se empeña muchas veces en desconocer mi carácter, y me incomoda con su pertinacia. Aunque somos los

mejores amigos en tanto que no se ocupa de lo que jamás debe ser tratado entre nosotros, y que repetidas veces le he prohibido promover, no bien se olvida de mis preceptos, desaparece nuestra armonía.

—¿Y se separó enojado ayer tarde? preguntó D. German.

—Enojado no. Jamás se enoja conmigo, replicó Mercedes. El enojo viene de mí, porque yo nada puedo hacer sino con violencia. Gabriel se fué afligido, como le sucede siempre; y por eso lo siento más. Antes de embarcarse esta última vez, hacia ya muchos días que no me hablaba del asunto, sin duda temeroso de ofenderme; y abrigaba yo la esperanza de que jamás me volvería á hablar; pero apenas llegó ayer, de nuevo insta, de nuevo supplica, de nuevo me ofrece su amor y su mano... y la borrasca estalla. ¿Vé V. ese cielo tan sereno? añadió dirigiéndose al balcon y señalando el firmamento. Pues como ese cielo sereno mi espíritu durante todo el curso de la tarde, no bien me pide Gabriel que cometa tal perfidia, desaparece mi serenidad, y el mar alborotado de mis hacinadas pasiones se desborda con la misma furia que el Océano se desbordaba en la noche aquella que V. re-

cordará. ¡Yo! exclamó lanzando los brazos en direccion de la mar y entregándose como una loca á la excitacion de sus pensamientos. ¡Yo perder lo único bueno que en mi alma se encierra! ¡Yo cometer tal bajeza! ¡conceder al noble Gabriel por ciego que esté, por generoso que sea, como gala el despreciado trapo! ¡Jamás, Jamás!

D. German la habia entretanto seguido al balcon, y ella continuó de esta suerte:

—¡Mi santo, mi ídolo venerado: contaminarle de tal modot ¡Libreme Dios de semejante delito!

D. German trató de templarla con las reflexiones que juzgó propias del caso, culpándola al mismo tiempo de envolver un sentimiento que no podia ménos de favorecerla con tal rudeza de lenguaje y accion, que no podia ménos de disminuir su mérito á los ojos de Gabriel.

—Es mi modo de hablar, fué su contestacion: no lo puedo remediar, y si él, impresionado ahora por los efectos exteriores, condena (aparte de otros motivos para ello), lo que hago, llegará un dia en que me lo habrá de agradecer. Llegará un dia, repitió, en que aplacadas sus pasiones, le enseñará la razon

á aplaudir mi resolucion; y en que, redimida de mis faltas por efecto de ella, en vez de despreciarme, quizá... quizá... me habrá de respetar.

D. German la contempló con admiracion.

Era sublime en este solo punto salvado del naufragio universal de su virtud; y comprendida en toda su extension por el comerciante la cuestion examinada bajo aquel punto de vista tan elevado, le concedió la razon.

No era posible rehusársela.

La originalidad de carácter, de ideas y de espresiones reveladas de continuo por esta extraordinaria mujer, la fuente de pensamientos aglomerados en su mente, las imágenes representadas por ella, impropias de su descuidada educacion, se le hacian siempre nuevas á D. German.

Era un enigma para él todo lo que veia: tan extrañas contradicciones, aquella mezcla de ignorancia y cultura, de virtud y de vicio, de mujer y de fiera.

Aquella riqueza de conceptos y de espresion, ¿dónde la habria adquirido esta singular criatura?

Las ideas podian tal vez existir en el fondo de su alma, allí creadas desde su origen,

pero, ¿de dónde procedia la formacion de ellas en palabras tan escogidas, y conceptos tan analizados?

D. German se perdia en cavilaciones, por que no conocia la mano maestra que desarrollara semejantes conceptos, y enseñara tan escogido lenguaje,

No conocia á Francisco mas que superficialmente; y esto explica el misterio de su asombro.

Una breve pausa habia seguido á las últimas frases de Mercedes, y D. German que, preso de la mayor admiracion, no habia separado la vista de ella que, después de articuladas aquellas palabras, permaneci6 con la vista fija en la mar, cual si pensamientos muy remotos de la escena presente la preocuparan, interrumpió el silencio volviendo otra vez á la conversacion de Gabriel

El jóven patron le habia contado á su amiga la historia toda de su viaje, con los pormenores de su inolvidable arrojó, y entrando gustosa Mercedes en la materia, pasó un largo rato refiriéndosela al comerciante.

—Y tambien sabe él, exclamó al concluir su relacion, lo que me ocurri6 á mi en aquella propia noche: los riesgos que corré por

mi propia locura, y olvidada de él; y lo que á V. le merecí. Todo se lo he contado: todo, señor, para que un corazón mejor que el mío le agradezca á V. sus mercedes, y un alma más pura eleve á Dios sus fervorosas súplicas por la conservación de la salud que tan preciosa es. Gabriel, prosiguió, lloraba como un niño al escuchar mi historia, y casi me hizo llorar á mí. Pero, añadió, todo lo descompuso enseguida con su falta de juicio... y, añadió después de una breve pausa, enfadada con él, nos separamos. ¡Dios sabe hasta cuándo!... No le veré ya, prórumpió con tristeza, por muchos días. Teme mi enojo mas que el de la embravecida mar, y le falta el valor para desafiarlo.

Suspiró profundamente, y se quedó pensativa por algunos momentos.

—Pero no hay miedo que deje de volver, exclamó como en respuesta á algun pensamiento receloso, de lo contrario que cruzara por su mente. No pasarán muchos días sin verle aparecer; y ya lo deseo.

El más profundo silencio siguió á estas últimas palabras.

El sol habia declinado, lánguidamente y brillante en el firmamento el lucero vesp-

tino, anunciaba con sus medias tintas la proximidad de la noche.

La apacible mar se mostraba más oscura y los objetos todos de la alameda, confusos é imperceptibles bajo la creciente sombra.

D. German y Mercedes desde el balcon contemplaban la solitaria estrella, entregándose cada cual en muda concentracion, á sus particulares pensamientos: y, extraña analogia!... alimentando en su contemplacion un mismo género de ideas.

El amor y sus recuerdos.

En la jóven, próximos, frescos y violentos, llenos de pasion y de ódio, de amor y desesperacion; en el comerciante, distantes, remotos, pero repletos de dulzura, de templanza y de felicidad en medio de los resultados tan engañosos que ofrecieron. Cadenas y Rosario: he aquí la espresion de los pensamientos de cada cual.

Cadenas con su irresistible fascinacion, arrebatando como un semi-dios, la adoracion de su ídolo, y tierno, amante y rendido, meciéndola en la cuna voluptuosa de la más embriagadora pasion.

Cadenas, hastiado y aburrido, despreciando cruel el ganado amor, y hollando hasta

los sentimientos de la humanidad doliente.

Rosario, tierna, amante y virtuosa, sacrificada en la fuerza de su amor á la calumnia; pero cumpliendo dichosa su destino, y siempre pura, y en su estado original, radiante cual la estrella de la tarde, difundiendo generosa su brillante luz!

Tales eran los recuerdos evocados en cada uno de los dos: tales las imágenes representadas por el lucero vespertino. D. German se extasiaba consolado y dichoso; y Mercedes rugía interiormente de vez en cuando, echándose mano á la cicatrizada frente, cual si todo el cuerpo del delito de su desesperacion se hallara allí cifrado.

Avanzaba entre tanto la noche, y despertados en D. German por asociacion, otra serie de pensamientos consigüentes á los que le preocupaban, se preparó á terminar su visita.

Habia visto á Gonzalo Figueras aquella mañana, y enterado por él del puesto distinguido que le correspondia ocupar en el arreglo del enlace, deseaba cuanto ántes ofrecer con su alma toda la más sincera enhorabuena, por lo que tan grandemente habia contribuido á conseguir.

En obediencia, pues, á esta tan justa causa, más temprano que lo de costumbre se separó de Mercedes, y dirigió los pasos á la presencia de la viuda.

Precisado á pasar en su tránsito á la calle de la Amargura, por delante de la mansion de Montoya, se detuvo aquí algunos momentos recordando con placer la visita que habia hecho á la mujer de su irreconciliable enemigo, trayendo á la memoria todo lo que en Isabel habia reconocido.

No la habia vuelto á ver desde entónces; pero imperecedera su memoria, todavía cruzaba su áerea forma por delante de su imaginacion, y como entónces impresionado de su carácter elevado, por entre las espesas paredes de su morada, la miraba con reverencia.

Habia luces en el gabinete (conocia bien el terreno D. German), en el piso superior y en el escritorio: é iniciado poco más ó ménos en los hábitos de aquella casa, por entre el reflejo de las luces distinguia la árida y monótona vida de la jóven enterrada viva en aquel panteon; y la perseverante é infatigable existencia del alquimista mercantil, perpétuamente aplicado á su crisol, empleando todas las potencias del alma y cuerpo en con-

vertir todos los objetos en oro: sin descanso de noche ni de día; sin tréguas jamás á sus afanes, por más que la suerte le favoreciera, y la halagada ambicion le brindase con el reposo.

D. German se sentia oprimido y abrumado como bajo el peso de una enorme montaña, al reflexionar en tan penosa esclavitud, mil veces más penosa para él que la del negro; y dió gracias á Dios que le habia concedido el privilegio de viajar holgado, libre y dichoso entre sus semejantes.

Animado por esta reflexion consoladora á aligerar el paso, presto perdió la casa de vista, desaparecieron los moradores de sus pensamientos, y alegre y contento penetró en la casa de Magdalena, donde fué recibido con el mayor agasajo.

—Estábamos seguros de verle á V. esta noche, exclamó la viuda apenas hubo tomado asiento D. German.

—No hace mucho tiempo que lo decíamos, dijo Gonzalo.

—De buen susto me ha librado V., interpuso Elena al propio tiempo levantando los ojos de su labor.

—¿Por qué, niña? preguntó D. German

—Porque creí que fuese V. otra persona, y empecé á temblar sólo con pensarlo.

La viuda contempló á su hija con tristeza, y Gonzalo Figueras hizo como que nada oía, y que toda su atencion se hallaba fija en un libro que habia sobre la mesa.

—Ya sé yo en lo que estás pensando, prosiguió el lirio blanco, dirigiéndose á su amante, cuya estudiada distraccion no habia podido escapársele; te estás haciendo el distraido para no reñirme. Hace muchos dias que he reparado eso, y que despues suspiras como arrepentido de lo que has hecho. Pero á mi no me importa con tal que te estés callado, y no me mires con enfado. Mucho mejor es eso que lo que hacias ántes. Yo no puedo aguantar que me riñan, ni que me hagan sufrir; y aborrezco á todos los que me tratan mal, añadió mirando alternativamente á su madre y á Gonzalo.

—¿Y quién te ha hecho sufrir nunca, vida mia? preguntó la viuda con la inalterable ternura que tenia para con su hija.

—Ya Vds. lo saben, fué la contestacion de la niña.

Sus oyentes no necesitaron oír más.

Gonzalo se sumergió más que nunca en su

lectura, y la viuda confirmó entretanto á don German en lo que este sabia de antemano, interin que Elena, al parecer aplicada á su labor, no hacia otra cosa mas que examinar á hurtadillas á su futuro, grabada la más profunda melancolía en su inocente semblante.

Pasaron algunos momentos en este estado, hasta que deseoso Gonzalo de notar lo que por la niña pasaba, levantó la cabeza y buscó la diminuta forma á su lado.

La pobre Elena cosia con nunca visto afan, miéntras que dos lágrimas surcaban por sus mejillas y repletos sus ojos de ellas, parecian esperar una sola sensacion, una mera palabra para correr en abundantes raudales.

Gonzalo se sintió un villano en no hallarse aún bastante aleccionado para sofocar por completo todo género de expansion; y lleno de contriccion como siempre le sucedia en ocasiones semejantes, se apresuró á ofrecer toda la reparacion posible.

¿No habia formado la resolucion de desentenderse por completo de cuanto en Elena viera digno de censura ó desaprobacion?

¿No se habia comprometido á descender á su nivel, y no elevarla al suyo?

Pues ¿por qué, si tales habian sido sus resoluciones y habia ya logrado poner en práctica su sistema, por qué dejaba todavía que alguna señal exterior hiciese tracion á sus generosos intentos?

Todo rastro deberia desaparecer; y desde aquella noche empezaria su regeneracion.

Gonzalo lo juró interiormente, y á pesar de la presencia de testigos (es verdad que los testigos, como personas prudentes, se hicieron los desentendidos) selló su juramento con un beso en los lábios de su futura, á cuya impresion las agolpadas lágrimas retrocedieron como por encanto, y una sonrisa deliciosa se entronizó sobre la profunda melancolía del infantil semblante.

Habia sido una mera sospecha suya el enfado de Gonzalo, habia sido una alucinacion de sus sentidos la aparente distraccion; y su consiguiente suspiro habia sido puramente efecto de la casualidad y de la atraccion del libro, la abstraccion del jóven; y Elena se dió por completo satisfecha.

Cuán dichosa pasó aquella noche es inútil decir, y cuáles fueron los esfuerzos de su amante por dejarla satisfecha y confiada, se pueden fácilmente suponer.

Casi parecia un amante verdadero.

Y como nadie alucinado por las apariencias D. German, la más íntima satisfacción se pintaba en su semblante, cuando interrumpiendo de vez en cuando su conversacion con la viuda, extasiado contemplaba su buena obra.

—La quiere ya, decia para sí. Era imposible que no sucediera esto. Bien me lo esperaba yo. ¡Si conoceré á los muchachos al cabo de mis años! Cuidado que está Elena linda, dijo en alta voz en una de estas ocasiones en que miraba á la pareja. Hasta sonrosada la encuentro esta noche. El amor hace milagrosa señora, y verá V. cómo al fin y al cabo le devuelve la salud por entero á nuestra hermosa niña.

La viuda suspiró como incrédula.

—Siempre padece, exclamó, y si goza ahora de algun alivio, no por eso ha desaparecido el mal. Es verdad que está mucho mejor, que hasta tiene mejor color; pero no me basta con eso. La miro continuamente con la misma inquietud, aunque ya, amigo mio, añadió sonriéndose, sin remordimientos y con otra resignacion á la voluntad del Señor...

—Que evidentemente, interrumpió en tono

festivo el comerciante, dispuesto á complacer todos nuestros deseos, nos prepara una série larga de satisfacciones en el porvenir de nuestros jóvenes.

—Sea lo que Dios quisiere, fué la contestacion de la viuda, que él dispondrá lo mejor que convenga.

—¿Y sabe Francisco la novedad del dia? preguntó D. German después de una breve pausa.

—Hace mucho tiempo que no le veo, respondió la madre, y como sé que no encuentra gusto en nuestra sociedad, en vez de llamarle para comunicarle verbalmente lo que ocurre, lo he hecho por escrito para que obre como mejor le parezca.

No le he visto aquí jamás hace años, dijo el comerciante; así es que puedo decir que no le conozco mas que de vista.

—Mucho tiempo hace, en efecto, respondió la viuda con un suspiro, que se separó de mi lado, y que sólo de tarde en tarde viene á verme; pero abrigo la confianza de que algun dia, con el favor de Dios, cesará esta frialdad de su parte, y que mis ruegos alcanzarán ser oidos. Muy de corazon se lo pido al Señor y de su misericordia espero no quedarán de-

satendidas mis fervorosas súplicas. Es muy desgraciado mi pobre hijo, añadió, refiriéndose á los tan conocidos extravíos de su primogénito y por toda reconvenccion á sus faltas; y le miro con la mayor compasion.

D. German pensó con cuanta más razon lo diria, si conociera como él, mucho de lo que referente á este hijo ella ignoraba; y cambiando la conversacion de tan penoso asunto, la hizo de nuevo girar sobre la novedad del dia, como festivo habia apellidado, la cuestion del casamiento; é invitando ahora á los jóvenes á tomar parte en el asunto, se ocuparon mancomunadamente en tratarlo.

¡Cuán dichosos pasaron la noche, y cuán rápidas volaron las horas empleadas de esta suerte, nadie lo podia creer!

A las once creyeron todos que ni siquiera eran las nueve; y como si la noche empezara entónces, y fuera un disparate separarse tan temprano, así apesadumbrados se despidieron: D. German repitiendo sus sinceras enhorabuenas á la viuda por lo que ella afirmaba que á él sólo se le debia; y Gonzalo haciendo á su futura la promesa cotidiana de volver lo más temprano posible á la siguiente tarde.

## CAPÍTULO VIII.

---

Dos días después de lo ocurrido en el capítulo anterior, se hallaban Magdalena y Elena presas de la más viva agitación, esperando la anunciada visita de Isabel.

Avisada por Gonzalo la noche ántes, desde temprano el siguiente día se ocupaban en prepararle un digno recibimiento; y para ello trabajaban la viuda y su única criada con la mayor premura.

Barrido el suelo con la mayor escrupulosidad, y sacudidos cuidadosamente los muebles todos, volvió Magdalena el antiguo y nada elegante sofá en su mejor forro, limpio y almidonado; cubrió las sillas con lo mismo, y adornó los balcones con cortinas compañe-

ras del forro, que sólo en grandes ocasiones salian á luz; y enseguida, procediendo á faenas más inferiores, trasladó cuantas mesas decentes habia en la casa á la sala de recibo, y cargándolas de tiestos llenos de flores, y de cuantos objetos de adorno de una clase ú otra pudo utilizar, remedió algun tanto la frialdad del fondo blanco de los muebles, y llenó la estancia de la fragancia más deliciosa.

Cubrió el velador con su corto surtido de libros, entre ellos las poesías manuscritas de Gonzalo, cubiertas con un forro bordado por Elena, la caja de costura de esta última, regalo de su amante, y otras pequeñeces, dones casi todos de la misma mano. Y concluido este trabajo miró en derredor y lo encontró bueno; y llamó á Elena para que la acompañara en su aprobacion.

Cuán linda encontró la sala, cuán prontamente hecho todo, con cuanto orden y gusto arreglado, no se cansaba la niña de decir; y unánime con ella la criada, extasiada contemplaba el improvisado paraíso, y en coro repetia las exclamaciones de su señorita.

Era digno de ver el cuadro aquel.

La respetable matrona paseándose por la sala con el más sencillo orgullo, escuchando

los elogios tributados á su hábil direccion por aquellas dos inocentes; y estas sumergidas en la más profunda admiracion de la repentina trasformacion labrada á su vista, vertiendo sus sentimientos con la misma exageracion que si nada hubiera en el mundo comparable al presente alhajamiento de la salita.

El forro blanco parecia de raso; las mesas nuevas y brillantes como acabadas de salir de la tienda, y los floreros, ¡ay! las flores... ¡jamás se habian visto flores semejantes!

¡Tan hermosas, tan fragantes, tan variadas!.... y eso que la primavera no habia empezado todavia á lucir sus galas; que estas no eran más que regazos del viento.

Todo era hermoso, todo delicioso: desde el forro blanco, las cortinas, las mesas, las flores, hasta el moño rosa en la jaula del canario, que colgado en su acostumbrado sitio, en el balcon, animado con la escena que pasaba á sus ojos, tomaba la parte más activa en los festejos, gorgeando como un desesperado sus penetrantes trinos en conocimiento con los aplausos.

Y los trajes y los tocados: ¡qué no iban á ser aquel dia!

Magdalena se pondría su vestido de seda negro, y dejaría que Elena la peinara á su gusto; y, qué hermosa no estaría, exclamaba la criada; y Elena siguiendo el gusto de Gonzalo, ostentaría un sencillo traje blanco con flores del tiempo en la cabeza.

Cuán digna no era Isabel de que se hiciera del día, en que se la había de conocer, fiesta, y de imperecedera memoria, no se cansaban la madre y la hija de repetir; esforzándose solícitas porque todo estuviera dispuesto con anticipación; á las doce del día ya nada quedaba que hacer, incluso los tocadores: el de Magdalena, siempre serio y grave, análogo á su carácter y estado de viuda, á pesar de la mano peluquera de su hija; y el de Elena de encantadora sencillez en perpétua armonía con su infantil hermosura.

Jamás la había encontrado la madre más linda; ni en efecto había aparecido en ocasión alguna con mayor ventaja, envuelta su diminuta forma en el vestido blanco, adornada su luciente cabellera con flores naturales que de un subido color sentaban perfectamente con el pálido tinte de su tez.

No se saciaba de mirarla y seguirla en sus quietos movimientos, ya haciendo como

que leía, ya esforzándose por aplicarse á su labor ó ya con más frecuencia asomándose al balcon, y corriendo al menor ruido en direccion de la puerta; sin sosiego para nada, ni facultad de dedicarse á ocupacion alguna, presa de la más visible agitacion.

Cerca ya de la hora anunciada para la llegada de Isabel, se sentó en un taburete á los piés de Magdalena, y apoyando ambos brazos en las rodillas de ésta, exclamó de repente, y por la primera vez aquel dia, descubriendo la verdadera causa de su inquietud:

—¿Si le gustaré á Isabel?

—¡Qué pregunta! respondió la madre acariciando la brillante cabellera. ¿Y por qué no?

—¡Soy tan diferente á ella!

—¡Tan diferente! ¿En qué? ¿Y por qué se te ocurre semejante cosa?

—Yo me entiendo, exclamó el lirio blanco con un suspiro, pero no me sé explicar. En un tiempo, en aquel tiempo, continuó diciendo, cuando creia que Gonzalo no me queria, pensaba mucho en esto. En lo diferente que era, no de Isabel, repuso sonriéndose, por que entónces no la conocia, sino de las demás mujeres... Pero después se me pasó, y hasta hoy no lo he vuelto á sentir.

—Y en un dia muy poco á propósito para ello, interpuso la madre, besándole la frente; en un dia en que ménos que ningun otro deberian ocuparte semejantes recelos, porque jamás te he visto aparecer mejor.

Elena hizo un gesto indicativo de no nacer sus recelos de la causa que les atribuia su madre, y permaneció callada por algunos segundos.

—Soy tan niña..., dijo después de una breve pausa, fijando sus melancólicos ojos en Magdalena.

—Más motivo para que Isabel te quiera, replicó la madre.

—¿Lo cree V.? preguntó la niña acogándose con afán á este pensamiento. ¿Cree usted que me amaré más por lo mismo que no me parezco á ella? agregó con el pleno conocimiento de su inferioridad y con la más encantadora candidez. ¡ Quisiera creerlo! exclamó cruzando las manos y elevando los ojos al cielo. Me tranquilizaria al momento.

—Pues créelo, vida mia. Ten la más completa seguridad de ello. Comprendo lo que esa mujer debe ser, continuó la madre, por cuanto á Gonzalo le he oido, y no puedo ménos de esperar lo que te auguro.

El ruido de un carruaje cortó en aquel momento el diálogo.

—¡Si será ella! exclamó Elena incorporándose y prestando el más atento oído al sonido de las ruedas.

Corrió enseguida á la ventana; y llegando á tiempo, vió el coche pararse delante de su casa, y una señora vestida con la mayor elegancia apearse de él, y desaparecer dentro del zaguan.

—Ella es, ella, prorumpió cubierto su tan pálido rostro de sonrojo y toda trémula, corriendo en direccion de su madre como la tímida paloma para buscar el amparo de las alas maternas.

La viuda trató de tranquilizarla; pero aumentada por instantes la agitacion de la pobre criatura, á medida que se aproximaba el tan temido momento, por poco pierde el sentido al percibir el crugido del vestido de Isabel á la puerta de la salita.

Se abrazó de su madre con afan, pidiéndola por cuanto más amaba en el mundo no se separase de ella... así estrechada contra el seno maternal la encontró Isabel.

Lirio blanco, lirio blanco, vuelve los ojos en su direccion y mírala cual te contempla,

Sí: á los brazos que extendidos la esperaban, y que la estrecharon contra el palpitante corazón.

El influjo magnético de los puros ojos, la plácida espresion del semblante, la ternura esparcida en todo el continente, destruyeron como por encanto los temores de la niña, que arrastrada por el ímpetu de la reaccion al extremo contrario, confundió sus sentimientos todos en aquel afectuoso y espontáneo abrazo.

¿Qué más podia esperar en recompensa el ángel guardian de aquella casa que lo que en este abrazo encontraba.

¿Qué más le necesitaba decir aquel inocente corazón, que lo que en esta accion le expresaba?

Su confianza, su gratitud y amor ilimitado á Gonzalo, por quien tanto trabajaba Isabel:—esto leyó en él la mujer-ángel y empezó á recoger el fruto de lo sembrado.

Inaugurada, pues, la entrevista bajo tan felices auspicios, y otorgando Magdalena á su nueva conocida, el mismo recibimiento afectuoso que su hija, una vez que dejó esta libre á Isabel, se sintieron todas como si por años se hubieran conocido, y la más estrecha

union las hubiera siempre ligado. Esto era natural; pero lo que habia allí de notable era la mujer-ángel.

¡Cuán débilmente la habia bosquejado Gonzalo aún en medio de sus entusiastas elogios!

¡Cuán pobre pintura habia hecho de su hermosura, de su tierno corazon y angelical dulzura!.. pensaban madre é hija, en tanto que extasiadas la contemplaban amándola ya con el afecto más tierno.

El lirio blanco, que tanto la temió poco ántes creyendo que su ponderada virtud seria repulsiva austeridad, se sintió impulsada hácia ella por una fuerza irresistible.

¿Qué mágia era la de Isabel para producir tan extraordinarios efectos, y arrebatarse de tal suerte la simpatía y la confianza?

Fácil es adivinarla.

La atraccion de la dulzura, de la afabilidad, de la modestia y de la deferencia á los demás: ¡quién puede hacerse indiferente al irresistible iman de estas propiedades! ¡y quién deja de comprender su influjo en aquel dia en que se vieron desplegadas en toda su extension!...

Débil la voz de la más íntima amistad, del

parentesco más estrecho, de los lazos más naturales, para hacer justicia á los sentimientos engendrados en Isabel, en vano queria la pluma trasmitir al papel lo que de aquellos purificados lábios salió, y referir palabra por palabra las que indistintamente fueron dirigidas al lirio blanco y á su madre.

Objeto primordial de la conversacion, Gonzalo, cuanto pudiera servir de incienso á aquella adorada imágen, entregada por ella al culto ageno, otro tanto fué vertido en los avaros oídos de los que la escuchaban.

Se habló luego de la historia de cada cual; de las pruebas de Magdalena tan grandes y repetidas; de la juventud desgraciada de Isabel, sumergida en la infelicidad y desde temprano privada del cariño maternal; de la delicada salud de Elena, tan mejorada sin embargo desde que Gonzalo la amaba.

Recaía á cada momento la conversacion en Gonzalo, pero ninguna de las tres habló de la proyectada boda.

Habia sido por aquel dia cuestion prohibida por el presunto esposo, y las consideraciones más sagradas de delicadeza y prudencia impedian á Magdalena y á su hija infringir tan acertada ley.

Pero se entendian, no obstante, y aunque calladas sobre el asunto, expresaban, sin embargo, sus mútuos sentimientos.

—Cuando Elena sea mi sobrina, decia continuamente Isabel, que no tardará mucho en serlo. Cuando todo esté arreglado, que lo estará muy en breve...

Elena en respuesta fijaba los ojos en ella, y risueña la contemplaba, vertiendo en su expresion lo que tan oculto creia tener...

—¡Y yo la temia, no cesaba de pensar el lirio blanco en tanto que ocurrían estas escenas; y á pesar de conocer su amistoso interés tan mal la juzgaba!

Le oprimia el corazon semejante pensamiento, y ávida de reparar su falta, en una de las ocasiones en que á consecuencia de una frase en extremo cariñosa de Isabel, se le presentó con más fuerza á su imaginacion, no pudo resistir la tentacion de confesarla.

Tal fué la dulzura, la afabilidad, la afectuosa ternura con que fué perdonado el infundado temor de Elena, que no pudo ménos esta de congratularse por su delito y su confesion, dando ensanche á sus sentimientos, abrazando de nuevo á Isabel con toda la efusion de su inocente corazon, llamándola her-

mana, y prometiendo amarla y tratarla desde aquel momento con el propio afecto y confianza naturales en tan tierno lazo.

Y desde aquel instante mismo inaugurada la estrecha union, de una vez fué depuesto todo género de ceremonia.

—Hermanas muy queridas, decia el lirio blanco, después de arreglado el pacto de la fraternidad, que nunca abremos de reñir, y que no haremos otra cosa más que darnos gusto todos los días de la vida. ¡Cuán feliz voy á ser! ¿No es verdad, madre mia? añadió ahora dirigiéndose á Magdalena.

La madre por toda respuesta la estrechó contra su pecho.

—Soy muy niña, prosiguió diciendo Elena volviéndose otra vez á Isabel, pero me querás más por eso; ¿no es verdad, Isabel? ¿Y nunca te enfadarás conmigo, ni me darás motivo de sufrimiento, y todo lo que yo haga lo encontrarás bien hecho?

—Todo, todo, exclamó Isabel, halagando tierna aquella pobre naturaleza tan débil y cobarde sinceramente atraída á ella por la propia fragilidad é impotencia de la candorosa criatura.

Era hermosa de ver tal union.

La ternura protectora de la una, ganando toda la confianza de la otra, y la más exquisita sensibilidad, mezclando unidos el afecto de ámbos corazones.

No ménos bello era el cuadro que ofrecian sus figuras: la una hermosa, pero decaida y sublimada sobre los martirios mundanos, ostentando en su semblante la conquistada palma, y llevando en la pura frente la placidez de la tranquila conciencia y el triunfo de la ganada victoria; la otra un ángel lanzado fresco de la mano del Señor, lleno de candidez é inocencia ageno á lo que en el mundo pasa, impresa en su infantil semblante la tranquilidad y descuido de sus ensueños de niña.

La una acogiendo casi con afecto maternal á la otra, y esta confiada entregándose á la proteccion de aquella.

Jamás fué conocimiento formado bajo mejores auspicios, ni más prontamente cimentada union tan amistosa.

Cierto es que la juventud se presta fácilmente á la repentina madurez de los sentimientos, y que ayuda poderosamente á la ligazon de los corazones; pero coadyuvadas estas causas en la presente ocasion, por más

poderosas circunstancias, ellas mas que nada influyeron en el logro de tan naturales resultados.

Casi toda la mañana la pasaron reunidas y ocupadas de Gonzalo: de su pasado, de su presente, de su futuro, de lo que Elena le amaba, de los infinitos motivos que concurrían en él para amarle, de su tierna consideración tan experimentada hacia años, de la nobleza de sus sentimientos, de los infinitos rasgos grandes de su carácter, grabados indeleblemente en la memoria de madre, á hija; en fin, de todo lo que le era referente, y no se cansaba ninguna de repetir.

—Le amaba yo siempre desde que jugaba conmigo, decia el lirio blanco, pero solo comprendí lo que era cuando se fué de aquí. Mi pesar de entónces me lo descubrió; y sus versos, Isabel, que me decían lo que por mí pasaba. Ahí están, dijo señalando al libro manuscrito sobre la mesa, y acto continuo pasándosele á Isabel.

Hubiera preferido esta cualquier cosa á la necesidad de tomar aquel libro, hubiera dado cuanto le hubiera sido exigido con tal de rehusar su recibimiento; pero temerosa de llamar la atención de Elena, no tuvo más reme-

dio que tomarle en sus manos, aunque con tal estremecimiento en todas las fibras de su cuerpo, que por poco se le cae al suelo, y acometida de tan medrosa sensacion, que ni aún ánimo encontró para volver sus hojas.

—El forro es en extremo bonito, dijo cual si fuera esto lo único que le inspirara.

—Elena lo bordó, insinuó la madre.

—No merece la pena de mirarlo, replicó Elena levantándose del taburete que estaba á los piés de su madre y reuniéndose con Isabel en el sofá. Cuando piensa una lo que encubre, nada parece bastante bueno. Abrelo, Isabel.

Isabel no tuvo otro recurso.

Sus trémulas manos lo hicieron, y sus turbios ojos apenas distinguieron los caracteres en él escritos.

El lirio blanco la echó un brazo alrededor del cuello, y sin intencion en ello, la ayudó á sostener el libro.

Te enseñaré lo que más me gusta, dijo volviendo las hojas con rapidez. Aquí está, exclamó con alegría. Tengo la costumbre de abrirlo en este sitio, que sin trabajo se presenta. Esta composicion, continuó diciendo, encierra en parte la historia de la vida de

Gonzalo, pero va después á parar á lo que fué el medio de descubrirme lo que por mí pasaba; y es tan hermosa que nunca me canso de leerla. Léela, Isabel, léela, instó.

Hermosa en efecto dicha composicion, y efectivamente girando en un principio, como Elena habia expresado, sobre la historia de la vida de Gonzalo, desconocia sin embargo el lirio blanco su predominante espíritu, y en tinieblas permanecia acerca de su verdadero sentido.

Las aspiraciones del poeta entusiasta, los ensueños de su juventud y la aridez encontrada en la vida de pura vegetacion, las grandes y elevadas tendencias de su alma ardiente, su aislamiento y opresion, y la descripcion del alma que en perfecta armonía con la suya, habria al fin y al cabo de corresponder á sus sensaciones y realizar por completo los sueños de su imaginacion.

Hé aquí lo que la compasion encerraba, y lo que Elena no habia sino débilmente comprendido, y lo que queria hacer leer á Isabel.

—No tengo tiempo de leerla ahora, murmuraron los trémulos lábios de esta; además, añadió, encuentro más gusto en hablar.

—¿Es que no te gusta la poesia? prorumpió

Elena. A mí tampoco en general; pero la de Gonzalo es otra cosa. Me muero por ella, y estoy segura de que te sucederá otro tanto cuando la leas.

—Siento no tener tiempo hoy, respondió Isabel; cerrando de una vez el libro.

—Pero, interrumpió Elena, hay un modo de arreglarlo todo, y te pienso dar en él al mismo tiempo la más grande prueba de cariño que he ofrecido en mi vida. Te voy á prestar el libro, dijo con la mayor satisfacción de su inaudita generosidad; y lo vas á guardar todo el tiempo que quieras. Yo te diré hasta cuándo, añadió recapacitando. Hasta que me vuelvas á ver, por que así te comprometo á venir más pronto. ¿Te convienes?

¿Qué habia de hacer Isabel?

Se guardó el libro en el bolsillo del vestido presa del más extraño é inexplicable presentimiento, como si del recibimiento de él hubiera de provenir algun gran mal; y deseosa quanto ántes de separarlo de sí, se dispuso á terminar la visita.

Vendria á ver á sus nuevas amigas siempre que pudiera; queria tanto á Elena que no escusaria jamás la ocasion de dárselo á conocer; y abrazándola con la más extrema ter-

nura y besándola, no una, sino dos ó tres veces, se despidió de ella, y después de Magdalena, recibiendo en cambio las más afectuosas protexas de amistad y simpatía.

—¿Y no te importará que yo sea niña? fueron las últimas palabras que Elena le dirigió ya á la puerta de la salita. ¿Y le dirás lo mismo á Gonzalo? agregó en tímidos acentos. Te elogia de tal manera y respeta tanto tu opinion que cuanto dices merece su aprobacion. ¿Me lo prometes, Isabel?

—Pobre persona para tan grande importancia, contestó Isabel sonriéndose y acariciando la linda cabeza que tenia á su lado.

—Si te hubiera conocido ántes, prorumpió el lirio blanco con un suspiro, quizás no fuera tan niña, porque hubiera tratado de imitarte; pero ya no tiene remedio, y es preciso que todos tengan paciencia.

Un beso encontró por respuesta, y acto continuo procediéndose á la última despedida, de nuevo se volvieron á abrazar ántes de separarse, dirigiéndose en seguida Isabel á su carruaje, que desde el balcon de su salita siguió Elena hasta perderlo de vista.

—¡Es una santa, madre mia, fueron las palabras de esta al volverse á encontrar sola

con su madre, y quisiera parecerme á ella. Pero no la temo, sin embargo, y la amo con mi alma toda, agregó con los más fervorosos acentos.

La madre se entregó tambien á los elogios más entusiastas, y la conversacion se animó después, versando siempre sobre el mismo asunto, con la llegada de Gonzalo Figueras.

—Me parece que la he gustado, decia el lirio con timidez; pero tú lo podrás saber mejor por ella, y me lo contarás después.

Gonzalo se lo prometió, sonriéndose de la inocente embajada, aunque insinuando al propio tiempo la poca posibilidad que existia de desempeñarla con brevedad por las escasas proporciones que se le presentaban de hablar á Isabel.

Dispuesto, sin embargo, el destino á contradecir aquella misma noche sus fundadas aseveraciones, quiso la casualidad depararle con anticipacion la ocasion de satisfacer los deseos de Elena; y hallando á Isabel aun levantada á su vuelta á casa, y sola en el gabinete, procedió á desempeñar su mision.

La jóven le esperaba, y de intento no se habia recogido.

Estas fueron sus primeras palabras, y Gonzalo comprendió que no habia necesidad de promover el asunto que habia de venir naturalmente.

Y así fué con efecto; y en breve no se escuchó en aquel gabinete otra cosa sino los mayores elogios de Elena.

¡Y qué elogios tan llenos de amor! ¡Y qué manera tan delicada y tan ferviente de recomendar aquella linda criatura al hombre á quien amaba, encareciendo todos sus inocentes atractivos!

Gonzalo no se explicó la causa, pero sintió al escucharla que jamás la habia amado como en estos momentos, y que hubiera sido mejor morir, que sufrir el martirio que experimentaba.

Sofocó, no obstante, sus pensamientos, y contestó lo de siempre: que era Isabel el ángel de su guarda, y el de Elena también, y que no desatenderia jamás sus consejos, porque todo lo que habia bueno en él procedia de ella, y nada malo podia hacer en tanto que fuese ella la brújula de su destino.

Se hallaba Isabel en tanto, en extremo, tranquila esta noche; tan animada y feliz en la apariencia, que Gonzalo no pudo ménos de

notarlo y de decirlo, atribuyéndolo á algun cambio verificado en la vida doméstica de Isabel.

—Estoy satisfecha de mi misma, fué la contestacion de esta; y me siento en extremo dichosa.

Gonzalo contempló el sereno rostro, y jamás lo encontró más noble,

—No ha habido cambio alguno en mi vida, dijo Isabel después de un momento de reflexion.

—Me ocupo tanto de ella, aunque no me atreva á manifestarlo, prorumpió el jóven, que daria mi existencia porque la de V. fuera dichosa.

—Lo es más en el dia de lo que V. ni nadie puede suponer. Confio en la Providencia, y la Providencia me proporciona, sino remedio, consuelo para mis males, y constancia para sobrellevarlos con la debida resignacion. Pero, exclamó risueña interrumpiéndose, este no es asunto para discutirse entre nosotros. Ocupémonos ménos de él, y no sufra V. con mis sinsabores, porque nada puede contribuir á dulcificármelos como la felicidad de V., para cuyo logro empleo todos mis esfuerzos.

—¡Mi felicidad!

—La verdadera y única duradera en el mundo, replicó Isabel, es esta; dijo poniéndose una mano sobre el pecho. La satisfacción de sí mismo, y la seguridad de obrar conforme á las prescripciones del deber.

Articuladas estas palabras, se despidió de Gonzalo y penetró en su tocador, siguiéndola el jóven Figueras con la vista y con el alma, y alejándose enseguida del gabinete con lentos pasos lleno de confusion, de gratitud y de tristeza, pero resignado á su destino.

## CAPITULO IX.

---

Decia el mundo del cajero de D. Alvaro Montoya, que seguia las huellas de su principal tan semejante á él como podia esperarse de la estrecha y prolongada union de dos séres tan necesarios el uno para el otro, y acostumbrados á trabajar mancomunadamente por espacio de tantos años.

Pero equivocábase grandemente el mundo en este juicio, si bien las apariencias contribuian á este error, y ciertos retoques exteriores en el hombre de confianza corroboraban sus asertos.

Francisco Cadenas no habia tomado de su jefe más que el aire de superioridad, el primor en su persona (engalanado sin embar-

go con otro esmero y elegancia que la de Montoya) y alguna parte de la infatigabilidad de este en la aplicacion á los negocios, pero esto bastaba para la vulgar creencia.

Aumentadas últimamente estas propiedades de una manera extraordinaria, era asombrosa la diligencia con que se aplicaba el cajero á sus quehaceres, y la perseverancia con que desmenuzaba los más minuciosos detalles de su vida mercantil.

Activo siempre y vigilante, pero llevadas ahora al mayor extremo estas cualidades, aún despues de las horas largas señaladas para el trabajo, y cuando ya se habian retirado los dependientes, seguia Francisco ocupado en sus tareas; creciendo de tal suerte por estas muestras la admiracion y aprecio de su principal, que jamás le habia hecho objeto de mayores distinciones.

Acostumbrado D. Alvaro á recibir de él solo lo que le placia dar de sí y en las horas que le agradaba, no podia ménos este aumento de aplicacion de lisonjearle, y ayudar á embotar su entendimiento acerca de lo que á su alrededor ocurría, así como á encubrir el móvil verdadero de la casi constante permanencia de Francisco en su casa.

Engañado, pues, como nadie Montoya por las apariencias, y profundamente lisonjeado de ellas, con plena confianza jugaba Cadenas su juego, seguro del triunfo que le esperaba.

Igualmente aumentada su atención á sus propios asuntos personales, é infatigable atendiendo á ellos con la misma esperanza y sutileza que á los negocios del escritorio, parecían multiplicadas sus facultades y desarrolladas á su mayor tensión de perspicacia y aplicación.

Nada cambiado sin embargo en su modo de ser, únicamente crecida la vehemencia é intensidad de su ánimo, era siempre el mismo sólo con mayor aumento de concentración.

En la apariencia y de continuo dedicado exclusivamente á cada acto aislado ó individual de su vida, cual si ningún otro objeto tuviera la facultad de ocuparlo, ocultaban por completo sus redes artificiosas la víbora anidada en su pecho.

Y ciegos por estos medios aún los más inmediatos testigos de sus complicadas operaciones, libre y holgadamente las ejercía sin género de estorbo ó arredramiento.

Opuesta sin embargo hasta aquí contra la astúcia del verdugo, la estudiada cautela de

la víctima, parecía todavía la partida igual.

Pero no habia de tardar la suerte en decidirla.

Una mañana que se habia levantado Francisco más temprano que de costumbre, se le ocurrió hacer tiempo (como se suele decir) para acudir al escritorio, paseándose por las calles.

Acicalado siempre y á todas horas ostentando el más escrupuloso primor en su persona, daba gusto verle embutido, en tal limpieza, y causaba lástima no sentirse igualmente impresionado de la espresion de su semblante.

Pero este, raras veces notable por su agrado, revelaba á tal extremo en esta mañana á que me refiero, su marcado carácter siniestro, que rechazaba el mirarle.

Casi desiertas las calles, paseaba por ellas Francisco como por un pueblo deshabitado, entregado por entero á sus reflexiones, marchando en alas de su imaginacion, tan alto como los pájaros que volaban sobre su cabeza.

Encasquetado el sombrero, pero no lo bastante para cubrir sus espesas cejas, se mostraban cerradas más que nunca, y cargadas sobre sus ojos traidores.

Inquietos estos, tan pronto se fijaban en el suelo como se elevaban al cielo en direccion de los pájaros, ó se volvían á izquierda y derecha, cual si sus órbitas fueran demasiado estrechas para contenerlos, ó los pensamientos aglomerados de la mente del cajero requiriesen todos estos movimientos para vigorizarse.

Andaba unas veces con lentitud, otras con velocidad, y parábase á intervalos meditando y abstraído, evidentemente preocupado con violencia de alguna idea dominante: unas veces abrumado cual si le fuera imposible rechazarla de sí, y otras complacido y risueño alimentándola con fervor.

Impelido al parecer no tanto por su intencion de hacer tiempo, cuanto por la ansiedad y abstraccion de sus pensamientos, á recorrer infinidad de calles sin objeto particular, ni apenas conocimiento de lo que hacia, como una máquina las atravesaba sin cuidarse de la direccion de sus pasos, y sí solo de caminar como si los movimientos físicos fueran necesarios para calmar la agitacion de su ánimo, ó hallara placer en hacer trabajar reunidos el espíritu y el cuerpo.

Una vez, durante los breves intervalos

que de vez en cuando se permitia, se le ocurrió reconocer el sitio de su parada; y ¡extraña coincidencia!... no era otra que la calle de la Amargura, el lugar de la residencia de su madre.

—Si creyera en el lenguaje del corazon, se dijo á sí mismo con sonrisa mofadora, diria que el corazon me acaba de hacer el discurso más elocuente y patético; pero como afortunadamente, agregó con cinismo, estoy curado de preocupaciones, me rio de esas tonterias. ¡Pobre señora! exclamó enseguida siguiendo otra série de pensamientos. ¡Qué ajena está de lo que pasa á su alrededor! ¡Cómo se están divirtiendo con ella! ¡Ah, ah, ah! prorumpió con sardónica risa; ¡es mucho mundo este!

Sus pensamientos se confundieron aquí, se confundieron más complicados y violentos, y el ejercicio corpóreo vino á acompañar al rápido é impetuoso curso de la excitada imaginacion.

Interrumpido, sin embargo, á los pocos momentos por la voz de Magdalena que llamaba á su hijo desde el balcon de su casa, paróse el cajero para inquirir su voluntad.

—Saber cómo estabas, fué la contestacion de la madre, y preguntarte, agregó como á

pesar suyo y cual si obrase en oposicion á su propio juicio, si querias entrar. ¡Hace tanto tiempo que no te veo!

—No podia ser el momento ménos oportuno, pensó para sí Francisco; y todo podria descomponerse con una palabra incauta que soltara. Su señora madre en medio de su torpeza para penetrar otras cosas, era un lince en lo que se referia á él. Nada se le escapaba, y deslindaba cuanto le pertenecia con ojos y oídos, y entendimiento verdaderamente de microscopio. No se morirá tampoco de la pena de no tenerme un ratito á su lado, dijo en resúmen, como en apoyo á su resolucion de rehusar el convite y alegando para el efecto sus ocupaciones precisas y la proximidad de la hora de abrirse el escritorio, se despidió de ella y continuó su paseo con la propia abstraccion de antes y ageno á la voracidad con que dos ojos de mujer le devoraban desde la acera opuesta de la calle.

Dos ojos de mujer, que al pasar casualmente por aquel sitio, habian atisbado la figura del cajero parado en frente del balcon de su madre y se habian detenido para examinarlo, presos al parecer de alguna pasion violenta, al juzgar por su espresion de fiereza.

Dos ojos negros, vivos, rutilantes, animados por una sonrisa sobrenatural en el rostro de su dueña, que seguían los movimientos de Cadenas cual si puñales hubieran sido y ansiaran atravesarle.

—Ahí vá, exclamó para sí esta mujer al ponerse Francisco en movimiento extendiendo su brazo en direccion de él y apoyando la mano contraria sobre su seno. Ahí vá, tan tranquilo, tan feliz, tan descuidado y acicalado como siempre. El mismo hombre, sin que nada haya tenido la facultad de variarle. No le he vuelto á ver desde entónces; pero le aborreciera ménos si le encontrase cambiado. Ahí vá, volvió á decir, cual si nada le echara en cara su conciencia, y no tuviera parte en el infierno labrado aquí, dijo apretándose el pecho. Maldito seas, Francisco, que tan desgraciada me has hecho, y pueda yo algun dia recompensarte tus favores!

Respiraba tal ira y venganza el enardecido semblante de la que articuló estas palabras, que causaba horror mirarla; y fijos, inmóviles sus ojos feroces en la solitaria figura del cajero por toda la extension de la calle hasta verle desaparecer, solo entónces se aflojó su chispeante mirada y respiró la ex-

citada mujer como si la aliviase el perderle de vista.

Envolvióse en seguida en su pañolon, arregló los pliegues de su mantilla, que el movimiento de sus brazos habia descompuesto y echándose á andar por el lado opuesto de la calle, tomó Mercedes, que no era otra esta mujer, el camino para su propia casa, en tanto que Francisco Cadenas penetraba en la de su principal, y ejemplo de diligencia y puntualidad, se instalaba en su carpeta, ántes de la llegada de ninguno de los dependientes, incluso Gonzalo Figueras.

Tenia mucho que hacer el hombre de confianza aquella mañana.

Aparte de los deberes de la caja, le incumbia en la ilimitada confianza que merecia á su jefe, revisar desde los mayores hasta los menores detalles de los negocios del escritorio, y numerosa en extremo la correspondencia en este dia, fué la primera ocupacion entregarse á su lectura.

Temprano todavía, pero en grado superlativo riguroso el sistema de D. Alvaro, cuidaban bien los que de él dependian de sujetarse con la mayor rigidez á su severo código, y por lo tanto, acudiendo diligentes lo

mismo un día que otro los dependientes á la ocupacion de sus respectivos puestos, ántes aún que hubiera Francisco concluido su faena en esta mañana á que me refiero, se hallaban ya con él instalados en el *templo* ocupados en sus vastos misterios.

El único que no parecia era Gonzalo, y acostumbrado invariablemente Francisco á verle siempre preceder á sus compañeros, pensaba mucho en su ausencia sin poderse explicar la causa.

¿Qué habria ocurrido?

En vano queria deshechar el pensamiento de sí; pero nadie podia notarlo: no se apartaban sus ojos de las cartas que recorria, no se manifestaba incierta su voz al comunicar las órdenes del día al cuerpo de jóvenes que tenia á su alrededor, ni se mostraba por un solo instante meditabundo ó distraido.

Tenia demasiado poder sobre sí para manifestar lo que en su interior pasaba, y no habia penetracion humana para sondearlo.

No era seguramente la tardanza de Gonzalo un acontecimiento en sí digno de preocupar su grande y vasta imaginacion, ni merecia por estilo alguno tan pequeño incidente absorber la más leve parte de su aten-

cion, pero es el caso que últimamente se ocupaba en extremo Francisco Cadenas de su joven compañero, y nada que le pertenecia se le podia hacer indiferente; lo cual explica suficientemente la extrañeza y más que extrañeza, la inquietud que le dominaba.

Repasadas las cartas y distribuidas entre los dependientes, ya para ser contestadas inmediatamente, ya para esperar las últimas órdenes del principal, ó ya en montones para ser recogidas de una vez, procedió Francisco al ejercicio de más materiales é interesantes funciones.

Eran las nueve y el desayuno reclamaba su atencion, y para satisfacer esta necesidad suspendió por lo pronto las maquinaciones exteriores de su vida, y juntamente que á alimentar las necesidades de su cuerpo, se encaminó á ejercitar las maquinaciones de su alma.

La familia le esperaba en el comedor: don Alvaro sentado á la cabecera de la mesa y á su derecha é izquierda, Isabel y su padre.

¿Y Gonzalo? ¿Qué era de Gonzalo? fueron los primeros pensamientos de Francisco al penetrar en la habitacion ántes aún de haber saludado.

¿Cómo no le veía allí?

La necesidad de cumplir con los deberes de la cortesía le distrajo, sin embargo, por algunos segundos de esta idea, y la imágen de Isabel siempre hermosa, siempre elegante y llena de fascinación, monopolizando por completo su alma, se quedó por algunos momentos abstraído contemplándola, aunque en la apariencia ocupado exclusivamente de la disertación de papel moneda, planteada por su principal apenas le viera comparecer.

Callada entretanto Isabel, recibía la inequívoca mirada del cajero con la más inalterable serenidad, que inflamándole súbitamente en ira, le volvió á traer por asociación á la memoria la ausencia de Gonzalo Figueras.

—¿Cómo es que no veo á Gonzalo? preguntó en uno de los claros de la conversación. Extrañé su tardanza en el escritorio, pero aún más sorpresa me causa el no encontrarle aquí ahora.

En extremo sencilla la explicación de esta ausencia, tomó sobre sí Montoya el darla.

Gonzalo había ido á la isla de San Fernando para el arreglo de cierto negocio dispuesto el día anterior por el mismo cajero y D. Alva-

ro, y cuya ejecucion, aunque deberia haber sido encomendada á algunos de los dependientes más subalternos, se encomendó al jóven Figueras que se habia prestado á desempeñarla.

Francisco no pudo ménos de reirse de sí mismo, y de sus infundados y casi disparatados recelos, y entregarse en el ensanche de su espíritu al más festivo humor y lucimiento de sus grandes facultades de ágradar, por completo olvidado de Gonzalo, y sin imaginar que fuera su vencida inquietud uno de esos extraños presentimientos, que á causa de los incidentes más triviales suelen acometerlos, cuando se hallan esos incidentes, por insignificantes que sean, formando algun importante eslabon en la cadena de los accidentes de la vida.

Estuvo durante el almuerzo animado y divertido como nunca, y tan abundante en chistes y brillantes imágenes (en cuanto permitia la estéril y concentrada sociedad de don Alvaro), que hasta la misma Isabel sintió por un breve instante renacidos sus extinguidos sentimientos de admiracion y simpatía.

La ausencia de Gonzalo parecia convenirles á todos, y conceder algun género de tré-

guas á la penosa situacion del cajero é Isabel de la que parecian gozar á pesar suyo, y tal vez sin darse cuenta de ello, léjos de pensar que no era este intévalo otra cosa sino como la luz del relámpago, preludio de la naciente tempestad; tempestad cuyos espesos nubarrones corrian ya por encima de las cabezas de los principales actores de este drama, pero, que ocultos aún á sus turbios ojos por el espeso velo que la Providencia pone delante, habian de tardar todavía algun tiempo en vislumbrar, y cuyos efectos no habian de experimentar hasta más tarde.

. . . . .  
 . . . . .  
 A eso de las dos de la tarde en este mismo dia, cabalgaba un gallardo jóven por el arrefice de la Puerta de Tierra, dirigiéndose lentamente á la ciudad, asidas con la mayor negligencia las riendas de su caballo, y entregado aparentemente á merced de su cabalgadura.

Se estaba entónces componiendo el camino; pero insensible el ginete á los inconvenientes de las infinitas piedras de mil tamaños que interrumpian el paso, ni aún se cuidaba de eludir los tropezones con ellas, ni pa-

recia en efecto hacer alto en la escena presente, perfectamente abstraído por otro género de pensamientos.

Colgaban sus piés con abandono en los estribos, caíasele de las manos la brida, y distraída por completo su vista, sin reparar una vez siquiera en el camino que seguía, sucedió lo que era muy natural ocurriera.

El caballo tropezó con un monton de piedras, tiró al jinete, rodó sobre él, le maltrató con sus herraduras, y finalmente le dió una coz.

Felizmente un trabajador inmediato, listo de ojo y fuerte de mano pudo casi instantáneamente asir al alborotado animal por las riendas y apaciguarlo de una vez; de otro modo hubiera sido aquel el último día de la vida de Gonzalo.

Sin sentido, y cubierto de sangre emanada de narices y boca, fué levantado del suelo y en hombros trasportado al ventorrillo más inmediato, donde, merced á los reunidos esfuerzos del dueño del establecimiento y los mismos trabajadores, volvió en breve en si; pero para sentirse tan dolorido y estropeado que se le hacia por completo imposible moverse del sitio en que se hallaba.

Colocáronle, pues, como mejor se pudo en una mala cama; enviaron á buscar á un médico, despachando al propio tiempo un emisario para comunicar la infausta noticia á don Alvaro Montoya, dirigido para el objeto por el mismo Gonzalo, y recibir de éste las órdenes consiguientes para trasladar al enfermo.

El médico examinó el estropeado cuerpo del ginete, reconoció sus magulladuras, y manifestó que no existía lesion alguna ni contusion de consecuencia, sin embargo de haber sido grande el golpe de la cabeza, y ofrecer éste tal vez, sino un gran peligro, á lo menos la molestia de algunos dias, y acaso una ligera fiebre, propia de la naturaleza del golpe.

Envolvió al jóven en vendajes, le administró algunos otros remedios que juzgó oportunos, y esto hecho, esperó á su lado la determinacion de su familia, ínterin que el mensajero dirigido para el efecto desempeñaba su comision.

Era aquel, como ya he dicho ántes, un dia en extremo ocupado en el escritorio de Montoya, y difícil siempre de llegar á la sagrada persona de D. Alvaro, lo era aún más todavía en estos dias de grande movimiento.

Imposibilitado, pues, por este motivo el embajador de las malas nuevas de transmitir- las directamente al comerciante, no tuvo más remedio que comunicárselas por medio de alguna docena de personas, cuyo temor á su jefe, ó sentimientos de indiferencia, retardó tal vez por media hora el que llegaran á sus oídos.

—¡El demonio del muchacho! fué la primera exclamacion del tio, una vez conocedor de la desventurada caída del sobrino por el dependiente más antiguo despues de Francisco Cadenas, y á quien habia tocado por derecho de antigüedad la penalidad de hablar cara á cara con su principal; pudiera bien, añadió, haber dejado la caída para mejor ocasion, para cuando no trastornára mis planes. La noticia que debia traer se me retrasa ahora un par de horas; y, sabe Dios lo que puede suceder. ¡Maldita torpeza!

Arrellanóse en su sillón delante de la mesa, plantó ambos codos sobre ella, y pensó con rabia en los perjuicios, sino imaginarios, á lo menos insignificantes que pudiera este accidente ocasionarle, y entregado á estos pensamientos se olvidó por completo de la situacion del jóven, y de la necesidad en